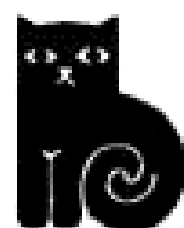


LOS APATRIDAS

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

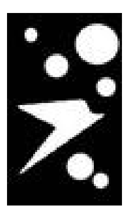
ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

476 - El viaje infinito - *Clark Carrados*
477 - La patada sideral - *Ralph Barby*
478 - La diosa terrestre de Glaxo - *Joseph Berna*
479 - Enemigos ocultos - *A. Thorkent*
480 - La máquina imposible - *Glenn Parrish*

CLARK CARRADOS

LOS APATRIDAS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 481
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 28.417-1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A**.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

«El planeta se encuentra en buenas condiciones. La atmósfera es perfectamente respirable, abundan las especies animales y existe una gran cantidad de plantas de todas las clases. Hay océanos de agua salada y gran número de lagos y ríos de agua dulce, con gran profusión de peces. Las estaciones climatológicas suelen ser bastante regulares y, en muchas de las montañas, la nieve no se funde en todo el año. Los casquetes polares son bastante grandes y desprenden bloques de hielo que son arrastrados por las corrientes oceánicas hasta su fusión.

»Indudablemente, quedan rastros de la conflagración que destruyó a los habitantes de Skborghos, pero, salvo en zonas desérticas, las ruinas de sus ciudades han desparecido, bien a causa de la erosión, tal vez a consecuencia de algún terremoto, aunque, en general, es la vegetación la culpable de que esas ruinas sean difíciles, cuando no imposibles de localizar.

»A causa de la distorsión del continuo espacio-tiempo, causada por la Barrera de Sphordos, se puede calcular que en Skborghos han transcurrido cuatro mil años, aproximadamente, desde la conflagración bélica que lo destruyó, en tanto que en Zwordos, nuestro planeta, sólo han pasado cuatrocientos años.

»Finalmente, no existen radiaciones apreciables y, por tanto, dañinas para el organismo humano.

»Firmado:

»Erro Sto, N.° 005-E-31, capitán de 2.ª Clase, comandante de la astronave de exploración "Branda", R.R.40-11.»

«El informe anterior debe ser considerado como "máximo secreto".

»Todos los oficiales y tripulación de la astronave "Branda" deben ser advertidos de tal circunstancia y, en consecuencia, habrán de guardar absoluto secreto sobre cuanto hayan observado en su viaje de exploración a Skborghos, de acuerdo con lo dispuesto en la ley 477/86-T/R/9.

»Firmado y por orden del emperador:

»Trod Ddoll, N.° 55-1-004, almirante, jefe del Gran Estado Mayor.»

Pero uno de los tripulantes del «Branda» se casó con una mujer cuyos antepasados procedían de Skborghos.

• el secreto dejó de serlo.

* * *

En su puesto de mando, el coronel Neck Ball dirigía la batalla.

Aparte de los informes que le llegaban por radio, podía ver la mayor parte de los sectores donde sus tropas libraban duros combates con el enemigo. Cámaras de televisión, suspendidas por antigravedad, flotaban en el aire, a diversas distancias del suelo, manejadas por control remoto, de modo que ofrecieran las mejores imágenes del frente de combate.

De cuando en cuando, una cámara era destruida por un certero disparo. El enemigo se daba cuenta de que, aun no siendo dañina, era un arma tan peligrosa como los fusiles, las ametralladoras y los cañones, y por ello centraba en las cámaras sus disparos. No siempre podía romper la coraza de energía que la protegía, pero, a veces, lo conseguía.

El enemigo, acorralado, pero aún no derrotado, se defendía con el valor que produce la desesperación. Cada vez que las tropas imperialistas se lanzaban al ataque, contraatacaba con ferocidad, y los

cuerpos de uno y otro lado quedaban tendidos en el suelo en gran número.

Había, tal vez, una solución, pero el coronel Ball no quería emplearla. Su dignidad le impedía utilizar una bomba máxima contra los rebeldes a la autoridad del emperador. Tenía enemigos políticos y buscaba a toda costa evitar que se produjera un choque, en el que él resultaría más perjudicado.

Los rebeldes se habían atrincherado en una montaña enorme, en la que había multitud de cuevas, desde las que hacían un fuego espantoso contra las fuerzas imperiales. Resultaba evidente que lo habían planeado durante muchísimo tiempo.

—Pero mantenerse a la defensiva en una guerra, es la forma más segura de perderla —dijo Ball a los oficiales de su estado mayor.

—Pueden lanzar ataques nocturnos —alegó uno de dichos oficiales.

—Tendremos constantemente iluminado el campo de batalla. Capitán, por cierto, ¿dónde está el Sexto de ATI?

Un puntero señaló determinado lugar del mapa extendido sobre una mesa. Ball asintió.

—El Sexto de ATI avanzará inmediatamente, haciendo una demostración de fuerza en el norte de la población enemiga. Al mismo tiempo, los hombres del Cuarto de ATI desembarcarán en el lado sur, apoyados por los batallones Once, Quince y Treinta de morteros. Por los lados este y oeste, se harán sendas demostraciones hipnóticas, con un batallón cada una. Empiecen, señores —ordenó Ball.

Las órdenes fueron transmitidas inmediatamente.

A los pocos momentos, algo parecido a un espeso enjambre de abejas, se dirigió hacia la montaña donde estaban los rebeldes. El cielo empezó a llenarse de nubecillas negras.

Los hombres del Sexto Batallón Autotransportado Individual, se limitaron a quedarse a unos mil metros de la posición enemiga. Al mismo tiempo, los del Cuarto, abandonando sus propulsores individuales una vez puesto el pie en tierra, lanzaban un feroz ataque, protegidos por la tremenda barrera de explosiones causada por los doscientos cuarenta morteros utilizados en aquel sector.

Al mismo tiempo, varios millares de rebeldes veían espesas columnas de tropas voladoras que se dirigían al asalto de su reducto. Ninguno de ellos podía saber que se trataba solamente de imágenes proyectadas en sus mentes. Pero el desánimo empezó a cundir entre las filas de los rebeldes, sobre todo, cuando empezaron a llegar noticias de la ladera sur.

Las fuerzas atrincheradas en aquel lugar eran desalojadas a viva fuerza de sus posiciones. De pronto, el movimiento de retroceso se convirtió en un pánico general.

Los que escapaban contagiaron a los demás y la huida se convirtió en general. Por la ladera norte, bajaban millares de hombres en franca derrota.

El coronel Ball lo vio por los monitores de televisión y dio una nueva orden:

—Segunda, Novena y Décima brigadas, rodeen a los rebeldes. Hagan demostración de fuerza, sin disparar más que lo indispensable. Atiendan posible bandera blanca.

Cuando los rebeldes llegaron a la llanura, vieron surgir millares de hombres que formaban espeso cerco a su alrededor. En el aire, los batallones ATI formaban una cúpula intraspasable.

Las primeras armas empezaron a caer al suelo. Pronto se vio una bandera blanca.

—Señores, creo que la batalla ha terminado, con la victoria que todos deseábamos, ¡Viva el emperador!

—¡Viva! —contestaron todos los presentes.

A los pocos momentos llegó un mensaje de la primera línea:

—Sluth Ozz, el jefe rebelde, desea rendirse personalmente al comandante en jefe de las tropas imperiales.

—Enterado —contestó Ball.

La ceremonia de rendición se celebró una hora más tarde.

Los rebeldes, formados correctamente, tenían sus armas en el suelo, ante sí. Ball, seguido de su estado mayor, avanzó por el centro de sus filas, formadas alrededor de los prisioneros.

Un hombre salió a su encuentro con aire fatigado, la cabeza y el brazo izquierdo vendados. En la mano derecha llevaba una espada, sostenida por la hoja, bajo la empuñadura. Los ojos del jefe rebelde brillaban con fiereza.

—Me entrego a tu benevolencia, coronel Ball —dijo, a la vez que entregaba la espada.

Ball le miró pensativamente.

—¿Por qué te sublevaste contra el emperador, Sluth Ozz? —preguntó.

El rebelde movió el brazo derecho en semicírculo.

—Esta tierra es nuestra. ¿Por qué nos impusieron leyes injustas? No tenemos nada contra el emperador; no nos importa quien mande, pero deseamos ser nosotros, espero que entiendas el sentido de esta frase.

—Lo entiendo, Sluth —contestó Ball—. Pero pudiste haber reclamado…

—Lo hicimos. Nadie nos atendió. Entonces tuvimos que sublevarnos. Pero no puedo consentir que mueran más hombres. No quiero más madres sin hijos y esposas sin maridos. Si alguien ha de ser castigado, seré yo. Asumo la responsabilidad, coronel.

Hizo una pausa y alargó la mano.

—Aquí tienes mi espada. Úsala ahora mismo contra mí; estás en tu derecho de vencedor.

Ball hizo un gesto negativo y devolvió el arma a su dueño.

—Consérvala con orgullo —dijo—. En nombre del emperador, os declaro libres a ti y a los tuyos. Sólo tendréis que acatar las leyes generales y me preocuparé que envíen a un nuevo comisario y a su personal honrados y no corruptos. Te empeño mi palabra, Sluth Ozz.

El rebelde no salía de su asombro.

—Tú no eres como los otros oficiales del emperador —exclamó.

—Soy algo distinto, en efecto —sonrió Ball—. Pero se me concedieron plenos poderes y los estoy utilizando. Vuelve con los tuyos, volved a vuestras tierras, sin más armas que los arados y los arcos y flechas para cazar y comer. Esa es mi decisión, en nombre del emperador.

—Te recordaremos siempre con gratitud, Neck Ball. Adiós.

* * *

—Es increíble. Dejar libres a todos los rebeldes, cuando debiera haberlos traído cargados de cadenas. ¿No encuentra Su Majestad demasiado osado el proceder del coronel Ball?

Sull Eerd, primer consejero de su augusta majestad, Aghron XXXIX, de la XIV dinastía, aguardó expectante la respuesta del emperador, que en aquellos momentos parecía muy interesado en un racimo de uvas de granos gigantes, tan grandes como manzanas. Aghron terminó uno de los granos y se lavó los dedos en un aguamanil.

—No, mi querido consejero, no encuentro demasiado osado el proceder del coronel Ball —dijo al cabo—. Por el contrario, me parece una actitud magnífica.

—Pero esos hombres se rebelaron...

—Porque había un comisario rapaz, codicioso y autoritario, que había llegado a creerse un pequeño emperador, y trató a los rebeldes de Othiar, como si fuesen sus esclavos, cuando son tan personas como tú y como yo. ¿O es que crees que no estaba bien informado de lo que sucedía allí?

—Pero, Majestad...

—Es inútil, Sull. Te aprecio demasiado como para suponer que no enviaste a aquel comisario deliberadamente. Todos estamos expuestos a cometer errores, lógicamente; sólo es preciso, en lo sucesivo, tener más cuidado en la elección de los hombres que deben desempeñar cargos de confianza.

Eerd aceptó a regañadientes el reproche que implicaban aquellas palabras.

—Lamento haberme equivocado, Majestad —dijo humildemente.

Aghron le palmeó las espaldas.

—No te aflijas por ello, mi buen Sull. A decir verdad, creo que Ball ha conquistado ahora, y por primera vez en miles de años, la región de Othiar. No habrá más rebeldías a partir de este momento, sobre todo, si acepto el nombramiento del comisario que él ha propuesto.

—Pero eso es cuestión de Gobierno, señor. Un simple coronel no puede hacerlo.

—No lo ha nombrado, Sull, solamente se ha limitado a sugerirlo. El Gobierno, naturalmente, ratificará ese nombramiento. Los de Othiar han prometido no rebelarse jamás y acatar mi autoridad, eso me basta. En cuanto a tu comisario, el verdadero responsable de esta guerra, por su actuación desatentada e injustificable, será sometido a juicio.

—Un comisario imperial no puede ser juzgado...

—Lo será, por malversación de fondos —dijo Aghron con firmeza —. En su actuación, se puede alegar que obró según una política errónea, lo cual es perfectamente disculpable. No se puede disculpar que, de los elevados impuestos que impuso, se quedase más del cincuenta por ciento para su peculio particular. Ese será el delito de que se le acuse ante el tribunal correspondiente y tú mismo nombraras al fiscal adecuado para el caso.

Eerd se inclinó.

—Sí, Majestad. A pesar de todo, pienso que una reprimenda, en privado, al coronel...

—No —contradijo Aghron vivamente—. Se le otorgaron plenos poderes, ¿no? Entonces, si ha pacificado la región, si ha conseguido evitar más rebeliones, no sólo no había reprimendas, sino ascenso.

—El Gran Estado Mayor pondrá objeciones. Majestad.

—El ascenso será debido a su habilidad táctica para conseguir la victoria estrictamente militar y el GEM no podrá negarse a aprobarlo. En cuanto a la victoria política, seré yo quien le conceda la recompensa.

—Algún título...

Aghron sonrió ladinamente.

—Así podría definirse, mi buen Sull —contestó.

—Bien, señor, si no me ordenas más... Perdón, Majestad, había olvidado una cosa.

—¿Qué es, Sull?

—El movimiento pro-vuelta a Skborghos, Majestad. Empieza a tomar una envergadura preocupante, aunque todavía, y por fortuna,

no de gran importancia. Pero si no lo atajamos a tiempo, puede causarnos serios problemas.

—Respecto a ese asunto, te dejo las manos libres... siempre que actúes con prudencia y teniendo en cuenta constantemente que los skborghianos son muy apreciados en Zwordos. Al cabo casi de cuatrocientos años, han conseguido aclimatarse a nuestro género de vida y sólo a algunos nostálgicos se les ha podido ocurrir la idea de volver a un planeta completamente desierto.

Eerd se inclinó profundamente.

—Pronto tendré un informe dispuesto para usted —dijo.

—Gracias, Sull.

El primer consejero inició la retirada. De pronto, se volvió.

—Señor, ¿puedo saber cuál es la recompensa privada que piensa conceder a Neck Ball?

—Sí, claro. —Aghron rió suavemente—. Pienso darle a Aghryna, mi hermana, como esposa.

CAPÍTULO II

—Tendrás que afrontar el juicio —dijo Eerd severamente, al hombre que estaba en sus habitaciones privadas.

Lirs Vilón, antiguo comisario imperial en Othiar, lanzó una blasfemia.

—No pienso dejarme juzgar...

—Tú harás lo que yo te ordene —contestó Eerd con fiereza—. No se censurará tu actuación política, pero tendrás que devolver todo el dinero robado. Eso te impedirá ir a la cárcel por un montón de años, ¿comprendes?

—Buena parte de ese dinero fue a parar a tus bolsillos, maldita sea.

—Lo devolveré... Mejor dicho, tú lo harás, porque irá a tu cuenta antes de que se inicie el juicio. Declararás que estás arrepentido y que te acoges a la clemencia del tribunal. Tal vez te impongan unos meses de encierro, pero podremos pedir que una persona honesta te tenga bajo su protección personal.

—Aquí pasan cosas muy raras, que no logro entender —dijo Vilón entre dientes.

—Si no hubieras obrado con tanta torpeza en Othiar... Si no los hubieras tratado como a bestias... Pero, no, tú y tu equipo llegasteis a creer que eran de vuestra exclusiva propiedad, vosotros los amos y ellos los esclavos... y ellas vuestras prostitutas exclusivas... Hombre, Vilón, las cosas se pueden hacer un poco mejor, reconócelo. Quisiste, en un año, conseguir la cosecha de diez, y eso no se puede hacer sin esquilmar la tierra.

Vilón remoloneó un poco.

—Reconozco que me pasé...

—Entonces, afronta las consecuencias, pero no serán graves, repito. Voy a sacarte de este apuro... y lo haré porque te necesito para empresas de más altos vuelos.

—¿De qué se trata?

—Por ahora no puedo darte más detalles. Sólo te diré que es preciso obrar con astucia... y así alcanzarás un puesto mucho más elevado que el de comisario imperial en Othiar. Y con beneficios mucho mayores, ¿comprendes?

Vilón sonrió maliciosamente.

—Quieres volar muy alto, señor —dijo.

—Por eso quiero asegurar bien mis alas, para evitar que fallen en el momento oportuno. Por cierto, ¿hay en tu equipo algún hombre de absoluta confianza, para un par de misiones digamos «sucias»?

—Tres o cuatro, señor.
—Por ahora, sólo necesito uno, Lirs.
Vilón meditó un instante.
—Doyt Rugan, señor —contestó al cabo.
—Muy bien. En tal caso, escucha...

* * *

De pronto, cuando se dirigía al palacio, Ball vio algo pintado en uno de los muros:

¡VIVA SKBORGHOS! ¡MUERA AGHRON!

Ball frunció el ceño. Algunos skborgnianos habían perdido el sentido de la realidad.
Momentos después estaba en la puerta del palacio. La guardia le rindió los honores debidos a su nuevo grado de general del ejército imperial. Ball saludó al jefe de la guardia y luego dijo:
—Capitán, he visto cerca de aquí un letrero insultante para Su Majestad. Haga que lo borren.
—Sí. señor.
Momentos después, Ball entraba en los aposentos del emperador. Aghron le puso la mano izquierda en el hombro, honor que dispensaba a muy pocos.
—General, amigo —sonrió.
Ball inclinó un poco la cabeza.
—Majestad, gracias por el ascenso —dijo.
—Gracias a ti, por haber pacificado Othiar y, más aún, por haber conseguido que los rebeldes se integren definitivamente en mi imperio. El ascenso es totalmente merecido, créeme.
—Gracias otra vez, señor.
—Pero me parece poco —dijo Aghron—. He pensado en concederte una recompensa a título privado.
—Majestad, es más que suficiente...
—No, no, en absoluto. General, vas a casarte con mi hermana Aghryna.
Ball respingó.
—Si no estuviera en presencia de Su Majestad, diría: «¡Demonios!».
Aghron se echó a reír.
—Puedes decirlo, si eso te tranquiliza —contestó—. Bien, ¿qué me dices?
—Majestad, ella es una princesa de sangre imperial. Yo un simple

soldado...

—Uno de mis mejores generales y un hábil político, además. Por eso necesito a mi lado un hombre de tus cualidades.

—Aghryna me rechazará, señor.

Aghron levantó las cejas.

—No osará contrariar mi voluntad —dijo.

—La hermana de Su Majestad es muy enérgica. Y tiene ideas muy bien definidas sobre ciertos aspectos personales míos. Lo sé, porque he tenido el honor de hablar con ella en un par de ocasiones.

—¿A qué te refieres, general?

—Señor, soy un skborgnianos —respondió Ball.

Aghron calló un momento. Luego dijo:

—Vosotros os consideráis como desterrados de vuestro planeta.

—Algunos, no todos, señor.

—Y tú, en particular, ¿cómo te consideras?

—Todavía no me he formado una opinión sobre el particular, Majestad.

—Pero no te encuentras a disgusto en Zwordos, ¿verdad?

—Por supuesto, señor.

—Precisamente por eso quiero que te cases con mi hermana. Sé que existe un cierto sentimiento de antagonismo hacia vosotros, y por dicha razón, un matrimonio de un skborgnianos con una princesa de sangre imperial, empezaría a eliminar ciertas barreras que un día podrían ser perjudiciales para Zwordos. Aunque ya sé que hay varios matrimonios mixtos y que funcionan perfectamente.

—Cierto, señor.

—Entonces, no se hable más, general. Serás el esposo de Aghryna y tus hijos tendrán sangre imperial.

La mano de Aghron se apoyó en el hombro de Ball.

—Ve a buscarla; está en el jardín Sur, intentando una de sus habituales proezas. Anúnciale que vas a ser su esposo.

—Pero, ¿no lo sabe ella?

—Quiero darle una sorpresa —contestó Aghron sonriendo.

* * *

Lentamente, Aghryna se quitó todos sus ropajes, hasta quedar completamente desnuda en el pequeño bosque situado en la trasera del palacio. Era una muchacha esbelta, de largos cabellos negros, cintura delgada, caderas redondas y firmes y piernas largas y perfectamente redondeadas. Delante de ella había un gigantesco animal, peludo, semejante a un gran, oso de color pardo, que gruñía amenazadoramente.

El oso, de más de dos metros y medio de altura, tenía en la cabeza un pequeño penacho de pelos, muy rígidos, de vivo color rojo. Aghryna se inclinó un poco, agarró una piedra y la arrojó con fuerza al centro del velludo pecho del plantígrado..

Se oyó un rugido atronador. El oso se lanzó a la carga, enseñando una dentadura capaz de amputar una pierna humana de un solo mordisco. Aghryna, convertida en una mancha borrosa, eludió hábilmente el ataque de la fiera y, situándose a su espalda, saltó a sus lomos, trepando habilísimamente y con gran rapidez, hasta poner las rodillas sobre sus hombros. Entonces, y antes de que la fiera pudiera hacer algo, ella arrancó de un tirón el copete de pelos rojos.

Aghryna se apeó de un salto. Los rugidos del oso habían cesado poco menos que instantáneamente.

Tranquilamente, Aghryna se situó delante del oso y sonrió.

—A partir de ahora, eres mío y te llamarás «Kord».

El plantígrado gruñó suavemente. Ella se le acercó y acarició con gesto afectuoso una de sus enormes zarpas.

Alguien aplaudió de pronto.

—Bravo, magnifico —dijo Ball.

Aghryna se volvió en el acto, sin mostrar el menor rubor por su desnudez total.

—¿Quién eres…? Ah, te conozco, Neck Ball, coronel.

—General, mi señora —contestó él, inclinándose profundamente —. Permíteme que te felicite por tu acto de valor sin límites. La verdad, yo no me hubiera atrevido a quitarle el mechón de pelo rojo…

—Es la única forma de amansarlo instantáneamente. Así, el oso se convierte en el más fiel amigo… y mi más feroz defensor contra quienes se atrevan a atacarme…

—Pero ¿quién se va a atrever a causar el menor daño a la hermana de Su Majestad?

—A lo mejor tú —rió ella—. ¿No has visto nunca una mujer desnuda? Eso puede inspirarte ciertos deseos…

Aghryna hizo una corta pausa, maliciosamente, y añadió:

—Ciertos deseos de disfrutar de mis encantos. «Kord» lo impediría, aun al precio de su propia vida.

Ball estudió un momento la hermosa figura de la joven, de elevada estatura, ojos rasgados, senos redondos, breves y firmes, esbelta cintura y largas piernas, todo en una piel tostada, de color semejante al de la canela, como la inmensa mayoría de los nativos de Zwordos. Un conjunto realmente atractivo, pensó. Lo lastimoso era su desatentado orgullo y su mal genio casi permanente.

—Bueno, en realidad, no tengo mucha prisa —dijo en tono intrascendente—. Cuando tu hermano lo ordene, disfrutaré de tus encantos, que son muchos, no cabe la menor duda.

—¿Qué estás diciendo, insolente? —Enfurecida, Aghryna movió una mano a la vez que gritaba—: ¡«Kord», ataca!

—Por todos los diablos... —juró Ball.

El oso gigantesco emitió un terrible rugido y se lanzó a la carga. Ball corrió con todas las fuerzas de sus piernas, hasta encontrar un árbol salvador, a cuya copa trepó con agilidad ignorada por él mismo hasta aquel momento. Por fortuna, los osos de copete rojo no eran trepadores y el animal se limitó a arañar la corteza del árbol con sus enormes uñas, todo ello sin dejar de rugir ominosamente.

Sentado en una rama, Ball miró a la muchacha, que empezaba a vestirse.

—Estarás ahí basta que te caigas de sueño —dijo Aghryna—. «Kord» es de una raza muy paciente y sabrá esperar.

—A pesar de todo, serás mi esposa. Tu hermano lo ha dispuesto así y no se le puede desobedecer.

—Mi hermano me importa un rábano —contestó ella—. Nadie manda en mí y yo me casaré con quien me dé la gana. Pero, en todo caso, mi marido no será un sucio skborgnianos, ¿lo entiendes?

Ella terminó de vestirse y echó a andar.

* * *

La patrulla, compuesta por un cabo y cuatro soldados, desfilaba silenciosamente por la desierta calle que conducía al palacio imperial, la silueta del cual se veía a lo lejos sobre la colina que dominaba a Aghraela, la capital. Salvo el rumor de los pasos de la patrulla, no se percibía otro sonido en aquel sector de la ciudad.

De pronto, se oyó un tenue silbido.

El cabo emitió un grito ahogado y se llevó las dos manos al cuello, atravesado por una flecha metálica, de cuarenta centímetros de largo, con cuatro acanaladuras en toda su longitud, que sustituían muy efectivamente a las plumas directrices. La flecha había sido lanzada por una ballesta de repetición que alguien había disparado desde las sombras.

El cabo rodó por tierra, antes de que sus estupefactos soldados pudieran saber qué sucedía. La segunda saeta llegó apenas dos segundos después.

Un soldado se desplomó, con el corazón atravesado. Otro recibió un saetazo en la sien izquierda. La punta del terrible proyectil asomó por la sien opuesta.

Los otros dos, aterrados, intentaron la huida. Las saetas eran incomparablemente más rápidas. Podían conseguir una puntería eficaz a doscientos metros, pero los soldados no consiguieron alejarse

siquiera a un tercio de esa distancia. El penúltimo cayó con una flecha en la nuca. El que quedaba, recibió un impacto en plena espina dorsal.

Un hombre se destacó de las tinieblas, con la ballesta en la mano izquierda. En la derecha llevaba un papel que prendió en el pecho del cabo aún agonizante.

A la mañana siguiente, otra patrulla encontró los cinco cadáveres. Su jefe leyó el mensaje dejado por el asesino:

¡QUEREMOS VOLVER A SKBORGHOS!
¡VIVA SKBORGHOS!
¡MUERA AGHRON!

CAPÍTULO III

—Hace aproximadamente cuatrocientos años, cuando en Zwordos reinaba vuestro glorioso y nunca vencido antecesor…

Impaciente, Aghron agitó una mano.

—Consejero Murt, déjate de prólogos ampulosos —dijo—. Al grano, al grano. Ya sé de sobras quién reinaba hace cuatrocientos años y algunas de las cosas que hizo, que no son precisamente para recordarlas. Limítate a exponer los hechos con la mayor concisión, sin rodeos estériles y con absoluta claridad. ¿Entendido?

El consejero se inclinó, en medio del silencio que reinaba en la sala, donde se hallaban presentes sus colegas de gabinete.

—Sí, Majestad. Decía que hace cuatrocientos años, cierto número de skborgnianos abandonaron su planeta, en el que se había iniciado una terrible conflagración, que destruyó todo signo de vida inteligente. Esos fugitivos, andando el tiempo, se multiplicaron y crecieron en número.

»Es de admitir y reconocer que todos ellos resultaron ser honestos, emprendedores y grandes trabajadores. Todos, además, tenían grandes conocimientos científicos, que hicieron progresar a Zwordos enormemente, de una forma, que en otro caso, nos habría costado dos mil años el punto de civilización en que ahora nos encontramos.

»Los skborgnianos, además, supieron ser respetuosos con nuestras leyes, usos y costumbres y, aunque conservaron gran parte de las suyas, nunca trataron de imponerlas a los habitantes de este planeta. Siempre, lógicamente, lamentaron el destierro forzoso a que estaban sometidos, pero sabían que el regreso era imposible.

»Sin embargo, no hace muchos años, se envió una nave de exploración hacia el Undécimo Sector Galáctico, la cual, casualmente, aterrizó en Skborghos, encontrándolo perfectamente habitable, después de cuatro mil años, teniendo en cuenta los efectos espaciotemporales de la Barrera de Sphoros. La «Branda» regresó sin novedad, y su comandante emitió el informe acostumbrado, declarado como de máximo secreto por el Gran Estado Mayor. Pero el secreto se rompió.

—¿Por qué? —preguntó Aghron.

—Uno de los tripulantes casó con mujer skborghiana, Majestad.

Aghron sonrió maliciosamente.

—No hay secreto que se le escape a una mujer —comentó—. Pero, en mi opinión, eso no tiene mayor importancia.

—Señor, cinco de tus soldados han muerto, vilmente asesinados

por unos skborgnianos —protestó Berd con vehemencia.

Hubo rumores de desaprobación. Aghron trató de imponer calma a sus consejeros, con movimientos de ambas manos.

—Calma, amigos, calma —rogó—. Es probable que haya algún exaltado que trate de conseguir por la fuerza lo que no puede conseguir de grado. Pero ¿por qué?

—Señor, tu abuelo, Aghron XXXVII, promulgó un edicto prohibiendo el regreso de los skborgnianos a su planeta —contestó el consejero de Justicia.

—Algún motivo habría, ¿no?

—Sí, señor. Los skborgnianos eran más hábiles, más adelantados científica y culturalmente; eran, y son realmente, el motor del Imperio. Su marcha, entonces, hubiera causado gravísimos trastornos. Ahora, tal vez resultaría peor.

—Pero no se puede retener a una persona en un sitio, contra su voluntad —alegó Aghron.

—Cuando se le necesita, sí, señor —dijo Eerd firmemente.

—¿Tanto necesitamos a los skborgnianos? ¿Carecemos de ingenieros, de físicos, de médicos, de pilotos, de generales, de comerciantes, en suma, que hayan nacido de auténticos nativos de Zwordos?

—Señor, ¿permitirías la marcha de los nativos de Skborghos? —preguntó el consejero de Defensa.

—Permitiría la marcha del que quisiera irse —respondió Aghron—. No creo que sean muchos, sin embargo —añadió.

—Ese permiso quebrantaría lo dispuesto en el edicto de tu abuelo, señor —le recordó Eerd.

—Mi buen Sull, ¿no puede un emperador abrogar un edicto promulgado por uno de sus antecesores?

—Los precedentes son mínimos y siempre costaron graves conflictos, señor. El contenido legal de un edicto es tomado como norma de justicia inapelable.

—Estamos en un mundo libre, habitado por hombres libres —dijo Aghron enérgicamente—. Pero, de todos modos, no quiero tomar ahora una decisión. El movimiento pro-vuelta a Skborgos es, por ahora, ínfimo, aunque algunos desesperados hayan cometido un acto de irreparables consecuencias. Encomiendo al consejero de Justicia la búsqueda y captura de los asesinos y su consiguiente sometimiento a la acción de la ley. No creo —añadió tras una ligera pausa— que a los skborgnianos les interese el regreso a un planeta deshabitado, cuya colonización tendrían que empezar partiendo de cero. Aquí tienen cuanto pueden desear; ¿por qué abandonarlo en pos de un ideal, que luego les convertiría en, como dicen ellos, un ídolo con pies de barro?

Aghron se puso en pie y sus consejeros le imitaron

respetuosamente.

—Os deseo la paz —se despidió el emperador.

• salió por una puertecita reservada, que daba directamente a sus habitaciones.

—Ese hombre es demasiado blando —gruñó Eerd, dirigiéndose a uno de sus íntimos, Sooph, consejero de Justicia—. El Imperio se desintegrará bajo su mando.

—No lo permitiremos —aseguró Sooph.

—¿Lo crees así? —Eerd soltó una risita—. Ya ha dado el primer paso hacia la destrucción del Imperio.

—¿Qué pasó? —preguntó el consejero de Justicia.

—Quiere casar a su hermana con Ball, el nuevo general. Por si no lo sabias, Ball es Skborghiano. Si quieres destruir una casa de piedra, tendrás que sacar la primera, que es la más difícil. Las demás, salen con toda facilidad, ¿entiendes?

Sooph entornó los ojos.

—¿Qué hemos de hacer para evitarlo? —preguntó.

—Encuentra a los asesinos, es lo primero que debes hacer —indicó Eerd tajantemente.

* * *

Arrodillada junto al estanque, Aghryna se cepillaba el cabello, mirándose en las quietas aguas, que semejaban un espejo de color azuladoverdoso.

—Eres de Skborghos —dijo.

—No es una deshonra —contestó Ball.

«Kord» ramoneaba en una vid silvestre cercana, ajeno al diálogo de la pareja.

—No me gustan los skborgnianos —exclamó la muchacha.

—¿Acaso por el color de la piel? Mi madre era oriental y mi padre occidental. El hermano de mi madre casó con una mujer de piel negra. Nosotros no le damos importancia al color de la epidermis.

—Sois vanos, orgullosos, cerrados en vuestro círculo...

—Lo mismo que vosotros, sólo que el nuestro es mucho más pequeño.

—Y, además, no me gustas como hombre.

—¿Cómo lo sabes, si no me has tenido aún en brazos?

—El instinto —respondió ella.

—Eso falla más de lo que piensas —rió Ball.

—De todos modos, no quiero casarme contigo.

—Así ya está mejor. Pero ¿por qué no se lo dices a tu hermano?

Aghryna vaciló un momento.

—Ya lo sabe —contestó—. En cuanto a ti, ¿por qué quieres casarte conmigo?

—Lo ordena el emperador.

—¿Y tú te llamas hombre? —dijo ella, riendo despectivamente—. Yo creía que los skborgnianos, en este aspecto, eran más independientes. Si no me amas, ¿por qué quieres ser mi esposo? ¿Es que no hay más mujeres en Zwordos que yo?

—Muchas, muchísimas, y algunas, más hermosas que tú. Pero ninguna se llama Aghryna.

Ella se puso en pie de un salto, orgullosa, desafiante.

—Obedeceré en todo a mi hermano, menos en la cuestión del matrimonio —exclamó.

—¿Ya tienes algún pretendiente?

—No, aunque algún día... —Aghryna hizo un gesto con la mano —. Bah, para qué preocuparse —sonrió—. Ya me casaré, no te preocupes.

—Conmigo.

—¡Ja, ja!

—Me he enamorado de ti, Aghryna.

—No me digas. ¿Te lo ha ordenado el emperador?

—Hace ya mucho tiempo que te amo, aunque no te lo creas. De todos modos, puedo esperar.

—Sí, hasta que te caigas de viejo —rió ella desaforadamente—. Por cierto, ¿cómo te libraste de «Kord»? —preguntó, cambiando de conversación.

—Oh, fue muy sencillo. Sospecho que no conoces bien las costumbres de los osos de copete rojo.

—¿Qué costumbres? —preguntó Aghryna, sorprendida.

—Son muy propensos al sueño. Cuando se durmió, bajé del árbol y me marché tranquilamente.

—Vaya, eso no lo sabía yo.

—Así estás más enterada de las costumbres de «Kord». Los osos de copete rojo no caen en el sueño invernal de los de otras razas; duermen periódicamente, como cualquier bestia doméstica. Y su sueño es muy profundo. Si uno sabe moverse en silencio, ni se enteran.

—Lo tendré en cuenta para la próxima ocasión. Me marcho, ¿sabes?

—¿Adonde? —preguntó él, sorprendido.

—Quiero una cría de pájaro sinfónico. Voy a ver si consigo capturar un ejemplar.

—Pero los pájaros sinfónicos sólo habitan la región de las Altas Cimas. Es muy peligroso...

—Adoro el peligro —rió ella.

—Tú deberías haber nacido hombre —refunfuñó Ball.

—La naturaleza me hizo así —contestó Aghryna desenvueltamente—. Dime una cosa, general. Si pudieras, ¿regresarías a Skborghos?

Ball se sorprendió de aquella pregunta.

—Pues... no lo he pensado mucho, aunque no digo que no me gustaría conocer el planeta de mis antepasados. Pero eso de establecerme allí, sería ya muy distinto. No puedo darte una respuesta definitiva.

—A mí me parece que es el sitio mejor para ti y los tuyos —exclamó ella, a la vez que echaba a andar—. ¡Vamos, «Kord»! —llamó.

El oso trotó mansamente detrás de la joven. Ball la contempló hasta que desapareció al otro lado de los árboles.

De pronto, se sintió perplejo.

¿Regresar a Skborghos?

¿Volver al lugar donde estaban sus raíces?

En Zwordos se vivía bien, con todas las comodidades posibles; había alcanzado un puesto muy elevado; era apreciado, respetado... ¿Por qué convertirse en un simple campesino o en un cazador y dormir en cabañas de troncos y techo de paja?

No, no merecía la pena. Skborghos estaba muy lejos y no sólo en el espacio, sino también en el tiempo. Zwordos era su planeta y en él se quedaría, decidió finalmente.

Aunque no llegara a casarse con la orgullosa hermana del emperador.

* * *

El hombre se deslizaba sigilosamente por la callejuela, llevando en brazos un bulto cubierto por un trozo de tela. Llegó a la trasera de una casa y, tras mirar a derecha e izquierda, se acercó a la tapia que encerraba un pequeño patio de desahogo.

Con las dos manos, levantó el bulto y se dispuso a lanzarlo al otro lado de la tapia, que tenía unos cuatro metros de altura. De pronto, dos hombres surgieron de la esquina más próxima.

Uno de ellos vio al sujeto y se alarmó.

—Eh, ¿qué haces aquí? —exclamó..

El hombre, sorprendido, se volvió. De pronto vio un brillo metálico en el pecho del individuo que le había llamado la atención y, lanzando aquella cosa, dio media vuelta y echó a correr.

—Marq, alcánzalo —ordenó Ball.

Su acompañante echó a correr inmediatamente. Ball se detuvo, recogió el bulto y, al quitar la tela que lo protegía, vio con asombro

una ballesta automática, despiezada, con varias saetas en la recámara.

En aquel instante se abrió la puerta del patio.

—¿Qué sucede? —preguntó un hombre, todavía joven—. ¿Por qué esos gritos?

—Te conozco, Sann Kaley. Yo soy Neck Ball.

—¡General! —exclamó Kaley.

Ball le enseñó la ballesta.

—Querían arrojarla a tu patio... —dijo.

—Pero, ¿por qué? Yo no necesito...

—Tengo entendido que eres uno de los más ardientes partidarios del regreso.

Kaley apretó las mandíbulas.

—Cierto —admitió—. Lo he declarado así, y no sólo en privado, sino también públicamente. Tenemos derecho a regresar a Skborghos. Somos hombres libres, ¿no?

—Sann, ¿tienes derecho a quitarle la vida a cinco inocentes?

—¡Yo no fui! —exclamó el sujeto.

—Conozco el contenido de tu último discurso. Dijiste que, en caso necesario, la violencia podía ser algo legítimo.

Kaley desvió la mirada.

—A veces, uno se acalora...

—Y entonces alguien le tiende una trampa...

—¡Maldición! Hablar de violencia no significa que uno...

—Tú, tal vez no, pero otros sí, si tus palabras los enardecen.

—Sólo queremos la abrogación del edicto de Aghron XXXVII.

—¿Cuántos lo queréis?

—Oh, pues..., qué sé yo... Cien, doscientos...

—Y somos varios cientos de miles. ¿Por qué no consigues todas esas firmas y así impresionarías a Aghron XXXIX?

—Daría lo mismo que hablar con una piedra —contestó Kaley despectivamente.

—Entonces, ¿persistes en tu idea de la violencia?

—Tú también eres de Skborghos, ¿no? Entonces, ¿por qué me haces esos reproches? Pero, claro, tú eres ya general y pronto serás cuñado del emperador. Así se comprende que estés de su lado.

—Estoy al lado siempre de la paz, Sann.

—Bah —contestó el otro con un ademán desdeñoso—. Palabras, palabras...

—¿Sí? ¿Qué diría si ahora yo declarase que la ballesta que mató a cinco soldados es tuya? ¿A quién creerían, Sann Kaley? ¿A ti o al general Ball?

Kaley palideció.

—Por todos los diablos, no irás a levantarme calumnias...

—Si piensas emplear la violencia, ¿qué más te da sufrir las

consecuencias antes que después?

En aquel instante, se oyeron pasos rápidos. Era el capitán Marq, ayudante personal de Ball.

—Lo siento, señor; el tipo se me ha escapado —jadeó.

—No te preocupes —sonrió el joven—. Lo importante es que hemos evitado un problema al amigo Sann Kaley.

—Lo celebro —dijo Marq—. De todas formas, he podido reconocerle, señor...

—¿De veras?

—Era Trutt Nortos, uno de los hombres que formaban el equipo del comisario Vilón.

—Nortos —repitió Ball pensativamente—. Muy extraño, ¿no te parece, capitán?

—Siempre fue un sujeto desaprensivo, señor. Quizá hizo algo malo y quiso deshacerse del arma. Ese es un lugar ideal —respondió Marq.

—Sí, sobre todo, teniendo en cuenta quién vive en él. Sann, procura tener más cuidado con tus manifestaciones, de ahora en adelante —aconsejó Ball.

—¿No voy a poder hablar libremente siendo un hombre libre? —contestó Kaley desafiadoramente.

—Los hombres sensatos siempre miden sus palabras, antes de hacerlas sonar en los oídos de otros. Procura tú no hacer lo mismo.

Kaley escupió al suelo, delante de los pies del joven.

—¡Traidor! —dijo.

Giró sobre sus talones y se metió en la casa de nuevo, cerrando con seco portazo.

Marq dio un paso adelante. Ball le contuvo con un ademán.

—Déjelo, capitán —pidió—. Kaley es muy libre de expresar sus opiniones..., aunque me temo que serán la causa de que más de uno sufra daños no deseados. De todas formas —añadió—, espero que reflexione y acabe por imponerse en él la sensatez.

—Ojalá sea como dices, señor —deseó Marq.

CAPÍTULO IV

—¿Y qué tenías que hacer tú, a las tres de la mañana, por el barrio Norte?

Aghryna, fuerte, equipada con un traje térmico, gorro de piel y una pesada mochila a la espalda, movía las piernas rítmicamente, situada sobre la cinta sin fin, que la hacía repetir los mismos movimientos que si estuviera caminando. Ball, sentado en el borde del estanque, en cuyo centro brotaban los chorros de agua de varios surtidores, arrojaba miguitas de pan a los peces.

—Apostaría algo a que volvías de casa de alguna profesional del amor —añadió ella, en vista del silencio del joven—. ¿Se portó bien? ¿Sabía hacerlo?

—Esas preguntas no son propias de una dama —dijo él, enojado.

Aghryna rió fuertemente.

—Hombre, que no soy una ingenua —exclamó—. Conozco la vida y sé las flaquezas de la carne. ¿Era guapa?

—No era ninguna mujer. Mi ayudante y yo acordamos patrullar voluntariamente por las calles, para ver de sorprender a alguno de los que escriben cosas infames contra tu hermano.

—Vaya, qué lealtad —se burló Aghryna—. Pero tú eres skborghiano.

—He nacido en Zwordos, como mi padre y el padre de mi padre. Una de mis abuelas era auténtica nativa de Zwordos. ¿Por qué me consideras como un extranjero?

—¿No te consideras tú mismo extranjero?

- Eso es algo en lo que nunca he pensado. De lo contrario, no me habría alistado en el ejército.

—Es cierto, son muy pocos skborgnianos los que lo hacen —reconoció la muchacha—. La mayoría prefieren estudiar, trabajar... Tú eres el único que ha llegado a general. Y es preciso admitir que con méritos más que justificados.

—Muchas gracias.

—Es pura justicia. Hablando de otra cosa, general. ¿Conseguiste algún resultado positivo aparte de lo que ya me has contado?

—No. La ronda resultó infructuosa.

—Aghraela es grande —le recordó ella—. Hay más de un millón de habitantes y catorce kilómetros de distancia entre los extremos de su eje más largo. Se pueden pintar miles de rótulos, sin que nadie se entere de lo que están haciendo.

—Bueno, a veces, la casualidad ayuda. Al menos, lo intenté.

—Muy loable, general. Pero, en tu lugar, yo no volvería a hacer

una cosa semejante.

—¿Por qué?

—Aunque te detesto, sé reconocer tu sinceridad. Puede que te parezca una mujer frívola y despreocupada, pero estoy enterada de muchas más cosas de política que las que te imaginas. Ten cuidado, no sea que vayan a decir de ti que haces esas rondas nocturnas para proteger a los que escriben insultos en las paredes.

—Sería absurdo…

—No puedes negar tu origen y eso va en contra tuya. Procura tenerlo en cuenta.

—Gracias, princesa. Sí, lo tendré en cuenta.

—Más de uno siente celos de ti, por el afecto que te demuestra mi hermano. Hay personajes situados en puestos muy elevados, que se frotarían las manos de gusto si te vieran degradado a soldado raso o quizá puesto en una situación aún peor.

—¿Puedes decirme algún nombre?

—¿De qué serviría? Lo que te he dicho son simples comentarios; ellos lo negarían siempre. Harían grandes elogios de ti, en tu cara…, pero te clavarían un puñal en la espalda. Estás en muy mala posición, general. Muchos de los tuyos te toman por un traidor; y parte de los nativos no te admiten como uno de los suyos. Si no sabes conservar el equilibrio adecuadamente, te estrellarás.

Ball emitió un juramento a media voz.

—La maldita política…

—Así ha sido siempre. Palmada en el hombro y sonrisita por delante…, y zancadilla a la primera ocasión —dijo Aghryna festivamente—. Sólo tienes que ser más listo que ellos, Neck…

Hubo un momento de silencio, mientras Ball sopesaba en su interior las declaraciones de la muchacha. Irritado decidió dejar de lado aquel problema, por el momento insoluble.

—Pero, bueno —exclamó de pronto—, ¿es que no puedes dejar de caminar en esa maldita cinta sin fin? ¿Por qué lo haces, Aghryna? Si es para conservar la línea, no te hace falta…

Ella rió estruendosamente.

—Estoy entrenándome para el viaje a las Altas Cimas —contesto —. Son varios días de marcha y el mérito en conquistar un pájaro sinfónico estriba tanto en cazarlo con las propias manos, como en llegar hasta allí sin necesidad de ayudas mecánicas.

—De modo que persistes en esa disparatada idea.

—Así es. Y muy pronto emprenderé la marcha.

De pronto, Aghryna se apeó de la cinta, la paró con un taconazo al interruptor y empezó a quitarse la mochila, siguiendo con el resto de su indumentaria. En pocos momentos, estuvo desnuda. Entonces corrió al estanque y se tiró al agua de cabeza.

Salió un cuarto de hora más tarde, sonriendo satisfecha. Miraba al joven y sus ojos chispeaban.

—¿No me dices nada? ¿No sientes siquiera la tentación de abrazarme?

—¿Para qué? Ahora serías capaz de gritar, pidiendo socorro, y me acusarías de haber intentado abusar de ti. Empiezo a conocerte, Aghryna.

—Aún no me conoces bien —contradijo ella—. Pero no importa; ya te dejaré oír al pájaro sinfónico cuando vuelva de las Altas Cimas.

* * *

—Ese maldito general surgió tan imprevistamente… No me quedó otro remedio que echar a correr —se lamentó Trutt Nortos.

—Me parece que confié demasiado en ti —dijo Lirs Vilón, mientras llenaba una copa de vino—. Una misión tan fácil y tuviste que fracasar como un principiante.

—Si quieres, puedo repetirlo. No siempre voy a encontrarme con Ball.

—Ahora resultaría inútil. Kaley está prevenido ya. Y también alguien más, por supuesto. Habrá que pensar en otro método.

—Bueno, pero, en todo caso, ¿qué vamos a sacar nosotros de este asunto?

La pregunta era de Doyt Rugan, presente en la reunión y miembro también del equipo de Vilón.

—Sacarás algo bueno, descuida —contestó el antiguo comisario de Othiar.

—Estábamos en una excelente situación —se lamentó Nortos—. Una inoportuna rebelión vino a echarlo todo a perder…

—Agradece que estés aún con vida —cortó Vilón secamente—. Y, de todos modos, no volviste con los bolsillos vacíos. Pero el nuevo plan resultará infinitamente más fructífero.

—¿De qué se trata? —inquirió otro miembro del grupo, llamado Rydal Jhor.

—Repito que por ahora no puedo ser más explícito…

De pronto, se oyó un tenue zumbido. Vilón se interrumpió para conectar el videófono. Alguien, que no dejaba ver su rostro, le llamó.

—Ven en el acto.

—Sí, señor —contestó Vilón respetuosamente.

Cerró la comunicación y se puso en pie.

—No quiero que os mováis de aquí hasta mi regreso —ordenó.

Media hora más tarde, entraba en un pequeño salón. Sull Eerd le entregó una copa de vino.

—Tengo algo muy interesante para ti y los tuyos —dijo—. Pero debe de ser realizado con el máximo de discreción.

—Sí, señor.

—Aghryna, la hermana del emperador, piensa ir a las Alas Cimas para capturar un pájaro sinfónico. Es preciso que a secuestres y hagas llegar al emperador un mensaje, pidiendo la revocación del edicto sobre los skborgnianos, dándole, además, un plazo determinado, bajo la amenaza de matarla si no accede a esa petición.

Vilón lanzó un tenue silbido.

—Es algo comprometido, señor —murmuró.

—La puesta es fuerte, pero el premio es la fortuna sin límites —contestó Eerd.

—Sí, supongo que si —dijo Vilón pensativamente—. Pero ¿y si Su Majestad no accede? Los emperadores de Zwordos tienen a gala cumplir su deber por encima de cualquier consideración de tipo personal.

Eerd sonrió.

—Conozco bien a Aghron, Haría cualquier cosa por su hermana —respondió—. Revocará el edicto.

—Eso puede provocar la revolución, señor. Los edictos de los emperadores son rarísimamente revocados. Se conocen dos o tres casos en varios siglos y siempre se produjeron conflictos.

—Eso ya lo sé, Lirs.

Hubo un momento de silencio. Vilón tenía los ojos fijos en el aquilino rostro de su interlocutor. Lo conocía demasiado bien y, de repente, su frente se le hizo transparente como si fuera un cristal.

Sonrió.

—Quizá convenga la fundación de una nueva dinastía —dijo al cabo.

—¿Te importaría demasiado?

—Me sentiría encantado, señor.

—Entonces, haz lo que te digo.

—Sí, señor.

De pronto, Vilón hizo un gesto con la mano.

—Dime, Lirs —pidió Eerd.

—Señor, se me ha ocurrido una idea. Tengo un buen amigo infiltrado entre los skborgnianos más activos. ¿Por qué no hacer que sean ellos los que secuestren a la princesa? Si el emperador envía gente a rescatarla y nos capturan a nosotros, la superchería se vería en el acto. Pero si los prisioneros son auténticos skborgnianos, las dudas ni siquiera llegarían a producirse.

—Eres listo, Vilón —sonrió Eerd—. Habla con tu amigo y ponle al corriente de todo. Yo te avisaré el momento exacto en que la princesa inicie la marcha y te diré el punto más adecuado para ejecutar el

secuestro.

—Perfectamente, señor.

Vilón marchó. Eerd se sirvió otra copa y la levantó con la mano, para brindar por sí mismo.

—Por Sull 1, de la I dinastía Eerdita —exclamó.

CAPÍTULO V

E! capitán Marq abrió la puerta del despacho y anunció:

—General, aquí está Rolf Urdax.

Ball se levantó en el acto. Urdax entró con paso temeroso en la habitación.

—¿Cómo estás, Rolf? —saludó Ball cortésmente—. ¿Puedo serte útil en algo?

Urdax le miró fijamente.

—Neck, antes de empezar a hablar, quiero saber una cosa. ¿Estoy delante del general del ejército imperial o ante el descendiente de skborgnianos que eres?

Ball frunció el ceño.

—Rolf, fuimos juntos a la escuela y juntos estudiarnos hasta que yo decidí ingresar en el ejército. Sigo siendo el mismo, a pesar de las estrellas de mi cargo.

—Pero debes lealtad al emperador.

—¿Y tú no?

Urdax vaciló.

—Soy skborghiano —contestó.

—Siempre, desde nuestra llegada, acatamos las leyes de Zwordos. ¿Vas a decirme ahora que piensas desobedecerlas?

—Soy de los que desean regresar a Skborghos, Neck.

—Por todos los... —Ball empezó a pasearse nerviosamente por la habitación—. Aunque Aghron conceda el permiso, ¿crees que vas a cambiar para mejorar? Llegarás a un planeta completamente deshabitado; tendrás que empezar por roturar la tierra, cazar animales para sobrevivir..., carecerás de todo, mientras aquí no nos falta de nada. Sospecho que hemos construido una imagen demasiado idealizada de Skborghos... y la decepción será mayúscula para los que vuelvan allí, si lo consiguen...

—Nuestros padres abandonaron Skborghos pensando en que un día sus descendientes podrían volver y repoblarlo nuevamente. Ahora es habitable, tanto como pueda serlo Zwordos. Queremos volver allí, Neck.

Ball entornó los ojos.

—Y tú piensas que yo puedo interceder ante el emperador.

—Vas a casarte con su hermana, ¿no?

—Ese matrimonio aún no se ha celebrado, Rolf.

—Corre el peligro de que no se celebre jamás, Neck.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó Ball.

—Te lo diré de una vez. Lo mismo que soy absolutamente

enemigo de los métodos violentos, soy partidario de conseguir el permiso para regresar, por medios pacíficos. Que dejen partir al que lo desee y el que quiera se quede aquí, libremente, sin coacción en un sentido u otro, ésa es mi manera de pensar. Por tanto, repudio absolutamente el secuestro de Aghryna.

—¿Cómo dices? —gritó Ball.

—Un grupo de exaltados han decidido el secuestro de la princesa, aprovechando la ocasión de que va a cazar un pájaro sinfónico. Enviarán un mensaje al emperador, pidiendo la abrogación del edicto de su abuelo. Si no accede, la matarán.

Ball se sintió terriblemente consternado al conocer la noticia. Algunos locos eran capaces de todo, pensó.

—Pero la abrogación de ese edicto puede acarrearle graves consecuencias —alegó.

—Ellos lo saben —contestó Urdax. Se encaminó hacia la puerta—. Lo que sea preciso hacer a partir de ahora, es cosa tuya —se despidió.

Ball se quedó pensativo durante unos segundos. Hacía ya cuatro días que Aghryna se había marchado hacia las Altas Cimas. Debía de hallarse ya en los primeros contrafuertes de la cordillera. El mérito de la captura estribaba, aparte de la dificultad de cazar el ave en sí, en llegar a pie hasta los parajes donde habitaban aquellas exóticas aves. Furioso, se preguntó por qué Urdax no había venido a avisarle antes, cuando, sin duda, sus amigos conocían de sobras los propósitos de Aghryna.

Tal vez se debía el retraso a las dudas que había podido apreciar en sus palabras. Como fuera, él no debía dudar un solo momento. No podía perder un minuto más, decidió finalmente.

De todos modos, cuando le llegase la ocasión, sabría agradecer debidamente a Urdax sus valiosos informes.

En aquellos momentos, Urdax se dirigía rápidamente a pie hacia su casa, contento por haber resuelto el dilema que le había planteado días antes, aunque disgustado en cierto modo, por haber traicionado a sus compañeros. Pero las cosas se podían conseguir también sin violencia, se dijo, una fracción de segundo antes de que sintiese un vivísimo dolor en la parte delantera del cuello.

Sus manos fueron instintivamente hacia la varilla de acero que le había atravesado la laringe. Otra saeta llegó y esta vez con mejor puntería, porque se le clavó en una de las vértebras cervicales y llegó a la médula espinal. Cayó fulminado.

Alguien se le acercó y puso un papel escrito sobre sus ropas, sujetándolo con un alfiler. El papel contenía un menaje sobradamente conocido de los habitantes de Zwordos:

¡VIVA SKHORGHOS!

* * *

El grupo de hombres había acampado en un elevado risco, desde el que se dominaba una gran extensión de terreno, Sann Kaley acercó sus manos al fuego que habían encendido, para mitigar en parte el frío que reinaba en aquellos parajes.

Desde la altura, bajó un sonido maravilloso. Era un pájaro sinfónico, que emitía una melodía de tonos incomparables, jamás producida por un instrumento musical. Los componentes del grupo escucharon arrobados las melodías durante un cuarto de hora, hasta que el pájaro dejó de cantar y volvió el silencio.

—Daría algo bueno por tener a uno de esos pajarracos en mi casa —dijo uno de los presentes.

—A mí me gustaría más bien asadito —rió otro—. Me comería una docena... y cuando eructase, emitiría música sinfónica.

Estallaron algunas risas. De pronto, Kaley hizo un gesto con la mano.

—Calla —ordenó.

Tenía un pequeño transmisor de radio y, al oír la señal de llamada, lo conectó. Alguien le habló desde muy lejos:

—Urdax nos traicionó. Avisó a Ball.

Kaley lanzó un atroz juramento.

—Ese bastardo...

—Ya ha pagado su traición, no te preocupes. ¿La habéis visto?

—Todavía no.

—Cuidado, Ball es muy capaz de ir a rescatarla él solito.

—Lo tendremos presente.

De pronto, alguien tocó con el codo a Kaley y le hizo volver la cabeza hacia la figurita de color rojo que ascendía por la pendiente rocosa. Kaley asintió.

—Ya la tenemos a la vista —informó—. A quien no se ve es a Ball.

—Muy bien. Ya sabéis dónde llevarla después. Yo me encargaré de enviar el mensaje. Cuando la tengas a mano, envía la contraseña: «La rosa acaba de florecer».

—Entendido.

Kaley cortó la comunicación y luego asestó sus prismáticos hacia la joven, situada todavía a unos quinientos metros de distancia.

—Será mejor que empecemos a escondernos —aconsejó.

Todavía existían los árboles a aquella altura. Mil metros más

arriba, sólo estaba la roca desnuda, con escasos matojos, y más arriba aún, empezaban las nieves perpetuas. Justo en el límite, anidaban los pájaros sinfónicos.

Aghryna iba acercándose lentamente. Por encima de un gran tronco, cruzó un arroyo turbulento, cuyas aguas bajaban espumeantes de las montañas. No lejos del lugar en que se habían apostado los secuestradores, se percibía el rumor ce una cascada, cuyo salto no mediría menos de cuarenta metros de altura.

Aghryna bordeó el precipicio e inició la ascensión por un sendero tallado en roca viva. Kaley y los suyos estaban parapetados, incluso con los propulsores individuales que les había permitido llegar hasta aquel lugar sin fatigas.

De pronto, cuando Aghryna estaba a treinta pasos de distancia, alguien dio un codazo a Kaley y le señaló un punto en el cielo.

Kaley lanzó una maldición. Aquel puntito negro que se acercaba a gran velocidad. Era fácil adivinar su identidad.

—Las ballestas, pronto —ordenó.

Dos de sus secuaces aprestaron aquellas terribles armas, bajo las copas de los árboles, Kaley y los suyos resultaban invisibles.

—Cuando él caiga, nosotros saltaremos sobre ella —dijo.

Repentinamente, descendió una voz desde lo alto:

—¡Aghryna, retrocede! ¡Van a secuestrarte!

La muchacha se detuvo en el acto y volvió la cabeza.

—Estás loco —gritó—. Quieres impedir que consiga mi pájaro...

Ball inició un rápido picado. De pronto, dos chispas plateadas cruzaron el espacio.

Una de las saetas le atravesó limpiamente el muslo izquierdo. La otra traspasó la mano del mismo lado, con la que gobernaba el propulsor. La punta chocó contra una superficie metálica que no pudo atravesar. Pero el dolor, agudísimo, hizo que Ball perdiese el control en el acto.

Cayó a plomo. A menos de veinte metros, Aghryna lanzó un estridente grito.

Ball se hundió en las espumeantes aguas del arroyo, que lo arrastraron inmediatamente hacia la cascada. Ella lo vio un instante envuelto en vapores blanquecinos, divisó a continuación una mancha negra que descendía entre las aguas bramadoras y luego desapareció de sus ojos.

En el mismo instante, dos hombres cayeron sobre la muchacha y, agarrándola cada uno de un brazo, la elevaron en los aires y se alejaron de aquel lugar a toda velocidad. Siguiendo inmediatamente tras ellos, Kaley emitió la contraseña que anunciaba el éxito de la operación.

—«La rosa acaba de florecer».

—Felicidades —dijo el otro.

* * *

El mensaje de los secuestradores pasó de mano en mano, en medio de un silencio absoluto. Al fin, volvió a su destinatario, Aghron XXXIX, quien lo leyó una vez más:

> «Tu hermana Aghryna está en nuestro poder. Tienes exactamente una semana para promulgar un nuevo edicto, abrogando el de tu abuelo. Queremos volver a Skborghos.
>
> »Pasado el plazo señalado, si no hemos tenido noticias, mataremos a la prisionera.»

—Os escucho, amigos —dijo Aghron tranquilamente.

—No puedes ceder, señor —exclamó uno de los consejeros.

—Razones de estado aconsejan firmeza —dijo otro.

—Pero ¿qué diablos nos importan unos miles de skborgnianos más o menos en nuestro planeta? —protestó un tercero—. ¡Que se vayan si es su gusto; así nos dejarán en paz!

—La economía sufriría un grave quebranto si se fueran —adujo el consejero de Finanzas—. Es amargo reconocer que los skborgnianos ocupan ciertos puestos claves, cuyo abandono podrían causarnos serios perjuicios.

—¿Estamos seguros de que todos quieren marcharse?

—Hay una cosa cierta, y es que, durante cuatrocientos años, los skborgnianos han mantenido vivo el espíritu del clan —intervino Eerd por primera vez—. Los matrimonios mixtos han sido mínimos...

—En gran parte, por nuestra culpa, ya que nosotros mismos los hemos rechazado, por prejuicios basados en consideraciones que, mirado fríamente, no tienen razón de existir —dijo Aghron—. Repartamos las culpas entre todos y afrontemos de una vez la solución del problema. No olvidemos que la vida de mi hermana está en juego.

—Y la supervivencia del estado, señor —dijo impetuosamente el consejero de Justicia.

—Dirás mejor de mi dinastía. El estado sobrevivirá aunque yo falte.

—Señor, tú y el estado sois uno...

—No me adules, Sooph —cortó Aghron un tanto molesto—. Bien, ¿nadie da una solución?

—Las tradiciones son muy estrictas, señor —dijo otro de los consejeros—. Ciertamente, un edicto no se promulga sin serias

meditaciones, pero una vez hecho público, la revocación es punto menos que imposible. Podrían producirse, incluso, sublevaciones de carácter popular.

—Entonces, ¿hemos de dejar morir a la princesa?

—No se atreverán a matarla, señor; la cólera de todos los habitantes de Zwordos caería sobre ellos —dijo el consejero de Defensa.

—¿Sobre ellos? ¿Quiénes son? ¿Dónde están? ¿Cómo encontrarlos, si ejecutan sus siniestros propósitos? —dijo Aghron.

—Señor, revoca el Edicto.

Aghron y los demás miraron a Eerd, autor de la petición. Todos se sentían vivamente sorprendidos, ya que sabían que Eerd era uno de los más ardientes defensores de las leyes y costumbres de Zwordos.

Sobrevino una pausa de silencio.

—Te apoyaremos, señor —añadió Eerd.

, Los otros consejeros permanecieron callados. Aghron sonrió tristemente.

—Veo que mi hermana debe morir —dijo—. Amigos, mañana, a estas horas, habré tomado una decisión y os la comunicaré, sea cual fuere y cualesquiera que sean las consecuencias.

Aghron abandonó la sala de consejos. Sooph se acercó a Eerd.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó furiosamente, aparte de los demás.

Eerd le miró con ojos burlones.

—Si el primer consejero aconseja a Su Majestad que revoque el edicto, ¿qué crees que hará?

—Los demás no te han secundado.

—Y él lo ha notado.

—No entiendo en absoluto...

Eerd suspiró.

—Sigue sin entender nada, pero haz todo lo que te diga puntualmente y llegarás a ser el primer consejero del fundador de la I dinastía Eerdita.

—Oh...

—Pero cierra la boca o te encontrarás con una saeta en el corazón, antes de que sepas quién la ha disparado —concluyó Eerd amenazadoramente.

—Descuida, no tendrás queja alguna de mí.

—Eso espero —sonrió Eerd.

CAPÍTULO VI

Eerd se hizo anunciar al día siguiente, a primera hora, y entró precisamente en el comedor privado de Aghron.

—Todavía no he tomado una decisión —dijo Aghron, un tanto molesto.

—Señor, no he venido a saber qué decisión piensas tomar, sino a comunicarte graves noticias, nada agradables.

—¿Por qué no hablas de una vez, Sull?

—Es tan… enojoso… Señor, nunca resulta placentero anunciar que el hombre en quien confiabas es un traidor…

—¿A quién te refieres?

—Neck Ball, señor.

Aghron levantó las cejas.

—No lo creo —dijo.

—Ha desaparecido de su despacho y no está en su residencia privada.

—Pero eso no significa una traición. Ha podido salir. De paseo, de excursión; tal vez está visitando alguna unidad militar… Se le asignó un puesto en el Gran Estado Mayor…

—No está en ningún cuartel ni inspeccionando ninguna unidad militar. Se sabe que partió muy de madrugada, en dirección a la región de las Altas Cimas, equipado con su propulsor individual.

—Mi hermana está por allí. Va a ser su esposo. Quizá quiera encontrarla por su cuenta…

—Permíteme que lo dude, señor.

—¿Por qué, Sull?

—Envié un mensajero a su casa. Encontró esto, señor.

Eerd puso algo encima de la mesa. Era un papel, en el que había escrito un rotundo «¡Viva Skborghos!»

Muy pensativo, Aghron hizo pedacitos el papel y los depositó sobre un plato.

—Conozco su letra —murmuró.

Los dos hombres callaron unos segundos. Luego, Aghron dijo:

—A mediodía haré saber mi decisión al consejo.

—Sí, Majestad. Si me permites que insista en mi declaración de ayer por la tarde…

De pronto llamaron a la puerta. Aghron dio permiso y un sirviente entró con una carta sobre una bandeja de plata.

—Majestad, acaban de traerla —anunció.

—¿Quién? —preguntó Aghron.

—El capitán Marq, ayudante personal del general Ball.

Aghron rasgó el sobre y leyó el mensaje contenido en su interior, sin que se moviera un sólo músculo de su rostro. Al terminar, dobló la cuartilla y movió la cabeza.

—Dile al capitán que me doy por enterado del contenido de la misiva —habló con voz serena.

—Bien, Majestad.

Aghron y Eerd quedaron a solas. El primero dijo:

—Confirmado, es un traidor.

—Ayer estuvo a verle un amigo suyo, uno de los más activos del movimiento pro-vuelta a Skborghos. Seguramente fue a darle detalles del secuestro. Hoy, ese sujeto ha amanecido muerto, con un cartel en el que se leía «viva Skborghos» y «muera Aghron». Indudablemente es una añagaza de los secuestradores, para engañar a la gente.

—No me cabe la menor duda, mi buen Eerd. A mediodía, en el consejo, repito, tomaré una decisión. ¿Entendido?

—Sí, Majestad.

Aghron se reunió con sus consejeros a la hora mencionada. Con voz firme anunció:

—No puedo acceder a las peticiones de los secuestradores. La ley es antes que la vida de cualquier persona, incluyendo la mía. Por tanto, no se revocará el edicto de Aghron XXXVII.

* * *

Cuando vio que caía, Ball, en el último instante, golpeó el interruptor de apertura automática y los arneses del propulsor se soltaron, liberándose así de un peso considerable. Una décima de segundo más tarde, se hundió en las frías aguas del torrente y un segundo después, saltó por la cascada.

La caída le pareció durar una eternidad. El agua bramaba en sus oídos, envolviéndole en un trueno continuo, apenas soportable. Tembló, esperando el choque contra el fondo.

Al pie de la cascada, el suelo, tal vez más blando, se había hundido profundamente por la erosión durante cientos de siglos. Ball descendió a diez o quince metros de profundidad y luego, el mismo impulso de los remolinos, le hizo asomar a la superficie. Respiró ávidamente un instante, en medio de aquellos violentísimos torbellinos. La frialdad del agua le había hecho olvidar el dolor de las heridas, pero ahora corría peligro de morir de frío. Sin embargo, no podía hacer nada por evitarlo; la fuerza de la corriente era demasiada y le arrastraba como una hoja seca. De pronto, sintió un tremendo golpe en la cabeza y perdió el conocimiento.

De este modo, no pudo enterarse de lo que sucedía minutos

después, a más de un kilómetro de la cascada. El hombre que le vio, se adentró en la corriente para arrastrarlo hasta la orilla, ayudado en el último tramo por su mujer. Shaslon, el cazador, se inclinó sobre el inconsciente Ball y puso una oreja en su pecho.

—Todavía respira, pero si no nos damos prisa, puede morir —dijo —. Rápido, Sonna, hay que encender una hoguera; yo le quitaré las ropas mientras tanto.

La mujer empezó a actuar rápidamente. Una vez desnudo, Shaslon cubrió a Ball con unas pieles. Había visto las heridas y de su equipo personal sacó un tarro de pomada, que untó en los lugares afectados por las saetas, vendándolos a continuación.

La mujer puso al fuego un cacharro con agua, en el que echó varios gruesos trozos de carne y algunos vegetales. Ball empezaba a respirar normalmente, aunque todavía continuaba sin conocimiento.

Shaslon puso también un poco de pomada en la herida que Ball tenía en la sien. De pronto, frunció el ceño,

—A este hombre me parece conocerlo —dijo.

—¿Estás seguro? —preguntó la mujer.

—¡Claro que sí! —exclamó Shaslon—. Es Ball, el general.

Sonna le miró oblicuamente.

—Está en tus manos —dijo—. Te he oído decir muchas veces lo que harías con cierto general del emperador si lo tuvieras a tu alcance. ¿Sigues pensando lo mismo, Shaslon?

El cazador hizo una mueca.

—Ahora está inerme, indefenso. No tendría ningún mérito rebanarle el pescuezo, mujer.

—O sea que le vas a respetar la vida.

—Por ahora

En aquel momento, Ball lanzó un hondo suspiro y se agitó levemente.

—Le daré un poco de caldo —dijo Sonna.

Ball abrió los ojos poco a poco y después miró aturdido a su alrededor. Al conseguir el foco correcto de visión, captó los rostros de la pareja, todavía jóvenes.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Shaslon, el cazador, y Sonna, su mujer —contestó el hombre orgullosamente—. De Othiar —añadió.

—Othiar —repitió él.

—Tuve que rendir mis armas. Ahora cazo con arco y flechas.

Ball comprendió en el acto el sentido de aquellas palabras.

—Estoy en vuestras manos —dijo sencillamente.

—Shaslon dijo una vez que te haría pedazos, si conseguía echarte el guante algún día —sonrió Sonna—. Pero no le hagas caso; toda la fuerza se le va por la boca.

—¡Mujer, no me insultes...!

—¡Bah, bah...! No te hagas el feroz; demasiado sabes que no le vas a matar. Para eso, bastaría con haberle echado a las aguas del arroyo. General, voy a darle un poco de caldo.

—Gracias —murmuró Ball débilmente.

El líquido, caliente y nutritivo, le reconfortó considerablemente. Entonces recordó todo lo que le había sucedido y se asombró de no sentir dolor en las heridas.

—Me habéis curado —dijo.

—La pomada es anestésica, cicatrizante y regeneradora. Mañana ya no quedarán señales en tu cuerpo —informó Shaslon.

—Si no te importa, me gustaría saber qué te ha pasado —rió Sonna—. Soy mujer y, como tal, curiosa.

Ball la miró un instante. Sonna era fuerte, robusta, muy atractiva.

—Secuestraron a la hermana del emperador, mi futura esposa —contestó—. Cuando me disponía a rescatarla, los secuestradores me dispararon varias saetas. Perdí el control de mi propulsor individual y caí al agua. Luego debí golpearme contra una roca.

—De modo que la hermana del emperador ha sido secuestrada —exclamó Sonna, atónita.

—Así es.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Shaslon.

—Se trata de un grupo de skborghonianos. Exigen permiso para volver a su planeta: de lo contrario, matarán a la princesa Aghryna.

* * *

Terriblemente deprimida, Aghryna entró en la enorme cueva a la que había sido conducida por sus secuestradores y se dejó caer en el montón de pieles que había en el fondo. Por un momento, pensó que el secuestro había sido planeado tiempo atrás, pero ello le importaba menos que la suerte corrida por el general Ball.

Había visto a Neck correr en su ayuda, gritarle palabras de aviso, y luego había presenciado el ataque a saetazos, que lo habían derribado sobre la cascada. No había quien sobreviviera a aquella espantosa caída de más de cuarenta metros.

Se habría estrellado contra las rocas del fondo, pensó amargamente.

Los secuestradores empezaron a acomodarse en la cueva, cómoda y abrigada. Dos de ellos cubrieron la entrada con una tela, pintada del mismo color que las rocas circundantes. Luego se celebró una especie de consejo de guerra.

—¿Y ahora? —preguntó uno.

—Esperar. Todavía quedan siete días —contestó Kaley.

—¿Qué pasará si el emperador se niega?

Kaley sonrió torvamente, a la vez que se pasaba el índice por la garganta.

—Eso pasará —repuso.

—Muy bien —dijo otro—; pero la muerte de Aghryna no resolverá nuestro problema. Todo seguirá igual, como hasta ahora...

—Nada de eso —contradijo Kaley—. Así sabrán que somos capaces de cumplir nuestras promesas. Y nuestros partidarios, se animarán y colaborarán todavía con mayor ahínco. Aghron y sus consejeros acabarán por ceder.

—¿Qué pasará si decide tomar represalias? —preguntó otro—. No me gustaría que les pasara nada a mis hermanos...

Furioso, Kaley agarró por la pechera de su traje al que acababa de hablar y lo zarandeó violentamente.

—Therd Loss, cuando aceptaste tomar parte en este asunto, sabías los riesgos que podrías correr —exclamó colérico—. Siempre dijiste que serías capaz de cualquier cosa por volver a Skborghos y que no te importaban las consecuencias, cualesquiera que fuesen, ¿verdad? Pues, entonces, mantén tu palabra y olvídate de todo lo demás. Esto es una guerra, no lo olvides, y en toda guerra se sufren bajas irreparables. ¿Estamos?

—Suéltame —gruñó Loss.

—Está bien. Faltan siete días. Al amanecer del séptimo, si no hemos recibido contestación o si la que recibimos es negativa, ella morirá.

Hubo un momento de silencio. Luego, dijo uno:

—Sann, ella es muy guapa. —Le guiñó un ojo—. ¿Por qué no disfrutar un poco antes de..., de lo que sea?

—No la tocarás —gruñó Kaley—. Confieso que me gustaría, pero prefiero evitarlo. Si la contestación es positiva, podríamos vernos luego en un serio aprieto, cuando ella lo contase todo. Incluso podría suicidarse, se dan muchos casos de mujeres que lo han hecho, después de ser poseídas a la fuerza. Aghron podría tomar represalias y hasta volverse atrás. ¿Enterado?

—Como quieras, Sann —suspiró el hombre.

Kaley buscó en su mochila.

—Voy a enviar un mensaje —anunció.

—Privado, supongo.

—Claro. Quiero enterarme de la marcha de la situación en Aghraela.

—Estarán echando fuego —rió uno.

—Nadie se había atrevido a tanto —exclamó otro, satisfecho de la hazaña llevada a cabo.

En el fondo de la cueva, Aghryna escuchaba perfectamente la conversación. Un poco más repuesta de sus emociones, empezó a pensar en la forma mejor de escapar de sus secuestradores.

Aún tenía siete días de tiempo. Pese a su esbeltez, era fuerte y resistente; no en vano había llevado siempre una vida deportiva muy intensa, sino que, además, había estado entrenándose precisamente para la captura del pájaro sinfónico.

Si conseguía en alguna ocasión llegar a campo abierto, dudaba mucho de que ninguno de sus secuestradores pudiera darle alcance. Eran todos hombres sedentarios, acostumbrados a oficios que tenían muy poco de manuales.

Le bastaría ponerse fuera de tiro de las ballestas automáticas, para que aquellos sujetos no pudieran darle alcance en ningún momento.

CAPÍTULO VII

—Los secuestradores estaban aguardando en las inmediaciones de la cascada —dijo Ball, recostado sobre las pieles—. Indudablemente, conocían el camino que seguiría la princesa.

—Alguien les avisó, ¿no crees? —dijo Sonna, mientras se ocupaba de asar unas chuletas.

—Cierto. Pero, por la misma razón, pienso que no se quedaron en aquel lugar.

—La habrán escondido en alguna parte.

—Pero no sabemos dónde.

Shaslon llegó en aquel momento con un leopardo blanco y negro sobre sus hombros. Ató las patas posteriores, lo colgó de una rama y empezó a despellejarlo.

—En estas montañas hay muchas cuevas —dijo.

—¿Tú crees? —preguntó Ball.

—Si yo quisiera secuestrar a alguien y pedir luego un rescate, me escondería en una de esas cuevas. Pero hay ciemos, quizá millares... y la cordillera parece inacabable.

Ball torció el gesto.

—Othiar está al otro lado —observó—. ¿Por qué habéis llegado tan lejos?

—Aunque te parezca mentira, aún estamos dentro de los límites de nuestro país —respondió Sonna—. Naturalmente, éste es un lugar muy abundante en caza, y utilizamos un aeromóvil para desplazarnos hasta aquí. El uso de arcos y flechas no es incompatible con el de los aparatos movidos por generadores antigravedad.

—Ahora tenemos prohibidas otra clase de armas —añadió Shaslon, sin abandonar su tarea—. Pero aunque pudiéramos utilizarlas, no lo haríamos.

—¿Por qué?

—Las pieles se estropean mucho. Un flechazo es siempre fácil de arreglar.

Ball contempló la fiera muerta. Shaslon era un tipo de certera puntería. Su flecha había atravesado directamente el corazón del felino.

—La cena estará en seguida —anunció Sonna.

—Iré en cuanto termine —dijo su esposo.

—Quiero pediros un favor —pidió Ball repentinamente.

—¿De qué se trata? —preguntó el cazador.

—Vuestro aeromóvil.

Hubo un momento de silencio, sólo interrumpido por el crepitar

de la grasa que se desprendía de las chuletas, para caer sobre las brasas.

—No somos ricos —dijo Sonna al cabo.

—Puedo firmar un documento, para que vayáis al Banco, en Aghraela. Os darán el dinero necesario para comprar otro aeromóvil. De último modelo —añadió Ball, a fin de reforzar su petición.

—¿Lo aceptarán?

—Sin discusión.

—Pero te creen muerto —objetó Sonna.

• Y conviene que sigan creyéndolo.

—La verdad, no es que Aghryna me sea especialmente apreciada, pero me fastidian ciertas actitudes —dijo Shaslon—. Ellos lo tienen todo aquí; ¿por qué marcharse a un sitio completamente deshabitado? Y aunque estén dispuestos a pasar todas las penalidades del mundo, creo que hay cosas que se pueden conseguir sin necesidad de recurrir a la violencia.

—Miren el valiente guerrero, cómo se nos ha vuelto tan pacifista —se burló Sonna—. ¿No eras tú el que decía algo sobre morir antes que ceder?

Shaslon emitió un gruñido.

—Este es un caso distinto —respondió—. En realidad, nosotros no nos rebelamos nunca contra el emperador, sino contra un comisario corrupto y déspota, y su equipo de buitres. Tú supiste entenderlo así, genera!, y por eso acertaste en la decisión tomada, una vez que nos rendimos. Otro nos hubiera exterminado, o deportado de Othiar...

Volvió a gruñir y agregó:

—Tendrás el aeromóvil, general.

—Gracias —sonrió Ball.

—¡La cena está lista! —anunció Sonna.

* * *

—El emperador no piensa ceder —dijo Eerd.

—Magnífico —sonrió Vilón.

—Pero no entiendo —exclamó Sooph—. Casi todos le impulsábamos a mantenerse firme. Se puede decir que eres el único que le animó a ceder.

Eerd sonrió ladinamente.

—Aún quedan seis días —manifestó—. La gente hace cébalas continuamente. Muchos piensan que Aghron cederá antes de que se acabe el plazo.

• ¿Y…?

—Entonces, estallará una rebelión.

—¿Seguro? —dudó Sooph.

—Tengo mis peones bien colocados. Es fácil arrastrar a las masas. El emperador se dará cuenta de que, repentinamente, se ha vuelto impopular, y abdicará.

—Para que se nombre un nuevo emperador.

—Exactamente.

—¿Conocemos a ese hombre?

Eerd soltó una risita.

—Los consejeros que le recomendaron ceder, serán depuestos. El nuevo emperador, nombrará otros consejeros.

—Que harán lo que él quiera.

—O no serán sus consejeros.

Sooph asintió, sonriendo.

—Comprendo —dijo.

—Lo celebro. —Eerd se volvió hacia Vilón—. Todo está dispuesto, supongo.

—Sí, señor.

—En el último instante, alguien rescatará a la princesa. Sus secuestradores serán muertos. Los muertos, naturalmente, no hablan. Y Aghryna se casará con el nuevo emperador, para dar lustre a su dinastía.

—Hijos, también —sonrió Vilón maliciosamente.

—Por supuesto.

—Hay algo que me preocupa extraordinariamente —manifestó Sooph.

—¿Sí?

—¿Cómo conseguirás que Aghron ceda en el último instante?

—Déjalo de mi cuenta, ¿quieres?

—Bueno, al menos, dímelo en términos generales...

—Algunos empezarán a pedir por la vida de la princesa. Serán los mismos que, al día siguiente, pidan la cabeza del emperador.

—Eres terriblemente astuto, Eerd —calificó Sooph.

—Es la forma mejor de llegar al puesto más elevado de Zwordos —contestó el aludido firmemente.

* * *

Ball comprobó los instrumentos del aeromóvil y se volvió hacia el cazador.

—¿Por qué tienes infrarrojos? —preguntó.

—Hay presas que sólo salen de noche. Me encontraría en inferioridad, sí no pudiera verlas. Los leones de cola de aguijón son terriblemente peligrosos en la oscuridad.

—¿Cola de aguijón?

—Sí. Primero te la clavan, con lo que quedas anestesiado en diez segundos, mientras él te sujeta con las garras. Luego te transporta a su cubil y te hace servir de alimento para sus crías. Si no está criando, te lleva a la zona de nieves perpetuas, en donde tu cuerpo puede conservarse indefinidamente. Eso lo hacen para épocas en que escasea la comida.

—Conoces muy bien las costumbres de los animales.

—Mi padre y mi abuelo y el padre de mi abuelo fueron cazadores —replicó Shaslon llanamente.

—Comprendo. Bien, me iré a la noche.

—¿Por qué? —se asombró Shaslon.

—Por la misma razón que tú cazas leones con cola de aguijón.

Shaslon movió la cabeza.

—Un aeromóvil puede destacarse contra el cielo... El casco brilla...

—Mataremos ese brillo con una capa de barro —explicó Ball—. Los secuestradores tienen, supongo, radio y hasta quizá un televisor, para captar noticias que les mantengan al corriente de la situación. Pero no tienen, apostaría algo bueno, un radar portátil que les advierta de la proximidad de un vehículo aéreo.

—Entiendo. Lo que no puedo ofrecerte son armas. A menos que quieras un cuchillo de monte.

—Te lo aceptaré, puede serme útil. Shaslon, vamos a tapar el casco de la nave.

Saltaron al suelo. Ball puso la mano sobre el hombro del cazador.

—Nunca olvidaré lo que habéis hecho por mí —dijo.

—Bah, no tiene ninguna importancia.

Ball estaba ya completamente repuesto. La pomada aplicada en sus heridas había obrado maravillas. Al atardecer, ocupó el puesto del piloto.

A través de la ventanilla, hizo un gesto amistoso a la pareja de cazadores. Luego accionó los mandos y el aparato despegó silenciosamente.

Shaslon y Sonna habían visto desde lejos un grupo de hombres que volaban en determinada dirección, el día en que rescataron al joven del arroyo. Dada la hora, Ball, enterado del incidente, suponía que no podían ser otros que los secuestradores de Aghryna. Por tanto, orientó el aparato en aquella dirección, que le llevaría a las escarpadas laderas de los picos más elevados de la cordillera.

Voló relativamente despacio, muy cerca de los acantilados y de las laderas cubiertas de nieve. El proyector de infrarrojos le permitía captar los detalles como si fuese de día. Era una lástima, se dijo, que Shaslon no hubiese instalado en su aeromóvil un detector de masas

orgánicas; la tarea, en tal caso, se habría realizado con mucha mayor facilidad.

La noche transcurrió sin haber conseguido nada positivo. Antes de amanecer, Ball descendió hacia la llanura y ocultó el aeromóvil en un espeso bosque. Luego se echó a dormir, para continuar su labor apenas llegara la noche siguiente.

Así transcurrieron varios días, sin que consiguiera localizar el escondite de los secuestradores.

* * *

Faltaban ya dos días para que se cumpliese el plazo y Aghron no había dado señales de ceder. Kaley observaba el comportamiento de sus secuaces, más nerviosos a cada momento que transcurría.

Aghryna, por su parte, seguía aguardando la ocasión propicia, que no se había presentado hasta el momento. Hubo una fuerte discusión entre dos de los secuestradores, que acabó con una pelea a puñetazos, en la que uno de ellos salió malparado, con un ojo negro y el brazo derecho poco menos que inútil. Kaley tuvo que esforzarse mucho para imponer el orden y, a fin de tranquilizar a sus hombres, les permitió tomar unos cuantos vasos de vino, cosa que hasta entonces había prohibido.

La tranquilidad volvió a la cueva. Pasada la media noche, Aghryna se despertó.

Sólo se escuchaban ronquidos a su alrededor. Lentamente, sin hacer el menor ruido, echó a un lado las pieles que la cubrían y empezó a arrastrarse por el suelo de la cueva.

Sujeta a una de las paredes rocosas, había una lámpara, con la intensidad mínima. Era suficiente, sin embargo, para ver sin dificultades.

Aghryna continuó arrastrándose. Una vez se preguntó cómo era posible que Ball no hubiese intentado rescatarla siquiera. Puesto que tanto la amaba, ¿por qué permanecía inactivo?

De pronto, vio algo que le hizo concebir una idea.

Los propulsores individuales estaban apoyados contra la pared. Arrodillándose junto a uno de ellos, asió con dos dedos una pequeña llave y la hizo girar, hasta que acabó la rosca. La llave fue a parar a uno de los bolsillos de su mono acolchado.

Volvió la cabeza. Kaley y los suyos dormían como leños. Había un centinela en la entrada, pero estaba segura de que no sería un obstáculo para su evasión.

Seis llaves más fueron quitadas de sus emplazamientos. Aghryna sonrió satisfecha. Las cosas estaban saliendo mejor de lo que esperaba.

Lentamente, se puso en pie y caminó hacia la tela que ocultaba la entrada. Cerró los ojos un momento y luego volvió a abrirlos. Ahora podía ver la silueta del centinela, muy borrosa, sin embargo, merced a la luz que arrojaba el satélite de Zwordos.

De pronto, tomando impulso, saltó hacia adelante, con las manos extendidas.

Se oyó un agudo grito. Kaley despertó sobresaltado.

—¿Qué sucede?

En el mismo instante, vio que la cubierta de la cueva se agitaba violentamente y comprendió lo que ocurría.

—¡Aghryna! —rugió—. ¡Se escapa!

El centinela, sorprendido, rodó por la abrupta ladera, mientras la muchacha se desembarazaba de la tela y echaba a correr hacia abajo. En el interior de la cueva se había producido una espantosa confusión.

—¡A los propulsores! —gritó Kaley.

Loss fue uno de los primeros en equiparse. Inmediatamente, se lanzó al aire.

Incluso se elevó medio centenar de metros. Pero, de repente, emitió un alarido de terror.

Perdida la sustentación del propulsor, Loss cayó a plomo, estrellándose contra las rocas de la ladera. Kaley blasfemaba como un poseso, mientras se desembarazaba de los arneses del propulsor, adivinando lo que había pasado.

—La seguiremos a pie —dijo—. Todavía podemos alcanzarla.

—No lo creas —exclamó uno de sus secuaces—. Hay luz nocturna, pero, aparte de que ella es incomparablemente más rápida que cualquiera de nosotros, no tengo ganas de romperme el cuello con un tropezón inoportuno.

Sobrevino una pausa de silencio. Kaley podía dominar sus iras a duras penas. Sus manos se abrían y cerraban convulsivamente. Era fácil darse cuenta de que habían sufrido una derrota y que sus planes podían considerarse definitivamente fallidos.

CAPÍTULO VIII

-Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Eerd.

Vilón sonrió.

—Descuida, señor.

—Procura no fallar. Hay un alto cargo esperándote si aciertas.

—Todo saldrá como deseas, señor.

—Vilón, ten en cuenta una cosa. Cualquier error que te conduzca al fracaso, no tendrá enmienda posible. Te espera un alto premio, eso es absolutamente seguro, pero el fracaso será tuyo y de nadie más. ¿Has entendido?

El esbirro sonrió,

—El cargo de comisario en Othiar me dio experiencia, señor —respondió untuosamente.

—Mejor para todos, pero, sobre todo, para ti. ¿Cuántos te acompañan?

—Rugan y Nortos, ambos de absoluta confianza.

—Nortos falló una vez —le recordó Eerd agriamente.

—Yo no iba con él, señor. Hubiera podido aconsejarle...

—Basta, es suficiente. ¿Sabes ya adonde la tienes que llevar?

Vilón hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, señor.

—Cuando lo hayas conseguido, envíame la contraseña acordada.

—«La rosa ha florecido».

—Exactamente. Anda, ve y no falles.

Vilón hizo una profunda inclinación de cabeza. Sus dos secuaces aguardaban en la antesala y movió la mano ligeramente, para indicarles que le siguieran, cosa que hicieron ambos sin pronunciar una palabra.

Fuera de la residencia del primer consejero, aguardaba un aeromóvil, que despegó casi de inmediato. Doyt Rugan era el piloto y dirigió el rumbo del vehículo rectamente hacia la cordillera de las Altas Cimas.

Vilón iba sentado a su lado. El aeromóvil alcanzó la máxima velocidad en pocos minutos. Era como una flecha lanzada a través de una atmósfera completamente transparente.

Las Altas Cimas se divisaban a lo lejos, brillantes por la nieve que cubría las cumbres. En menos de una hora, el aeromóvil se situó en las estribaciones de la cordillera.

A partir de aquel punto, Rugan redujo la velocidad del aparato considerablemente. Poco después, se adentraron por un estrecho cañón, de paredes casi verticales y suelo muy inclinado, que ascendía

hasta una montaña de laderas cortadas a pico, con precipicios que caían a plomo a veces hasta desde quinientos y más metros de altura.

Por el centro del cañón saltaba impetuosamente un arroyo de abundante caudal. De pronto, Nortos exclamó:

—¡He, estoy viendo un grupo de hombres que se dirigen a la llanura!

—Desciende cien metros, Doyt —ordenó Vilón en el acto.

—Sí, señor.

El aparato perdió aún más velocidad y, tras un ceñido viraje, inclinó la proa hacia el suelo. Vilón tenía en las manos un catalejo electrónico, con pantalla alargada, que permitía acercar las imágenes hasta parecer casi que se podían tocar con las manos. Súbitamente, reconoció a uno de los sujetos:

—¡Es Kaley!

* * *

Fatigada, pero no agotada, Aghryna decidió moderar un poco el ritmo de su marcha. Llevaba caminando varias horas y, aunque el entrenamiento le había resultado de gran utilidad, era lo suficientemente sensata para comprender que no podía sostener indefinidamente la misma velocidad. Durante veinte minutos, caminó al paso.

De pronto, al atravesar un pequeño bosquecillo, divisó un riachuelo de aguas transparentes. Aunque hacía relativo calor, sabía que las aguas estaban aún muy frías, por su proximidad a las fuentes de la montaña. Por tanto, se limitó a arrodillarse en la orilla y, después de tomar unos sorbos de agua en el hueco de las manos, se refrescó la cara y las sienes.

Así se sintió un poco mejor. Entonces, inesperadamente, cuando todavía no se había incorporado, vio algo que brillaba en la espesura cercana.

En silencio, se puso en pie y caminó hasta unos arbustos cercanos, cuyas ramas apartó con gran cautela. Su sorpresa fue mayúscula al ver un aeromóvil parado en aquel lugar.

La escotilla estaba abierta. Aghryna meditó unos instantes.

Aquel aparato, tal vez, pertenecía a algún cazador o un excursionista que había decidido pasar unos días al aire libre. Bueno, se llevaría un chasco al regresar cuando viese que el aeromóvil le había desaparecido, pero ella enviaría pronto a servidores de palacio que le tranquilizasen y le pidiesen disculpas en su nombre.

Paso a paso, avanzó hacia el aeromóvil y llegó a la escotilla. Asomó la cabeza. No había nadie en su interior. Era preciso actuar

rápidamente antes de que su dueño regresase. El propietario podría no creer en su palabra y ponerla en un compromiso.

—La hermana del emperador, ladrona de aeromóviles —se dijo amargamente, mientras avanzaba hacia el puesto del piloto.

Comprobó los controles. Cuando se disponía a accionar el contacto, sintió en el cuello algo punzante.

—No toques ese interruptor o te degüello.

Hubo un momento de silencio. Aghryna no sabía si echarse a reír o ponerse a llorar. Consiguió sobreponerse y dijo:

—Aunque no te ame, no por eso me vas a rebanar el pescuezo, creo yo, general Ball.

Sonó una exclamación de sorpresa. Aghryna se puso en pie de un salto y se quitó el gran gorro de pieles que cubría sus cabellos por completo.-

—Vista de espaldas, me habrás confundido con otro —rió.

Ball se sentía aún estupefacto.

—Pero, ¿qué haces en este lugar? ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

—Es bien sencillo: me escapé.

El la miró recelosamente.

—¿Y no te persiguieron? Todos ellos tenían propulsores individuales...

Aghryna metió la mano en uno de los bolsillos de su mono y sacó unos cuantos objetos que lanzó a través de la escotilla aún abierta.

—Quité a todos las naves de paso del combustible. Uno consiguió despegar y ascendió a cincuenta metros, pero cuando se acabó el combustible que quedaba en el motor, ¡plaf!, al suelo y tortilla.

—Eres... Bueno, no sé qué decir...

—¿Y qué debo decir yo, ¿eh? Caíste en la cascada, saltaste más de cuarenta metros y tenías que estar muerto, pero no, aquí te tengo a mi lado, vivito y coleando, después de dos saetazos...

—La base de la cascada es muy profunda y eso me salvó de morir estrellado contra las rocas. Aunque luego recibí un golpe y perdí el sentido, pero me salvaron un matrimonio de Othiar, cazadores de profesión. Ellos me curaron, tienen una pomada que me dejó como nuevo en veinticuatro horas. Incluso el aeromóvil es suyo.

—No te burles de mí. Los de Othiar no aprecian precisamente a los generales de mi hermano.

—A mí, sí. Pude haberlos exterminado, pero preferí que se integrasen plenamente en el imperio. Algunos saben ver claro, Aghryna.

—La verdad, pareces más político que militar... A mi hermano le haría falta un consejero como tú y no los buitres que le rodean.

—No me gusta la política —contestó Ball—. Lo malo es que en

todo este asunto está mezclada la política y no precisamente de la más limpia.

—¿Qué quieres decir?

—Te han secuestrado unos skborgnianos, ¿verdad?

—Sí, y estaban dispuestos a matarme. No hablaban en broma, te lo juro, Neck.

—Pero ellos no saben que son juguetes de cuyos hilos tira alguien situado en un puesto mucho más alto —aseguró Ball.

—¿Quién?

—Me gustaría saberlo y también contar con las pruebas necesaria». Pero si no es así, habrá que esperar más conflictos. Sobre todo, mañana, cuando tu hermano tenga que tomar una decisión sobre el edicto de Aghron XXVII.

Ella se mordió los labios.

—¿Qué sabes sobre el particular? —preguntó.

—Por ahora, nada. Hace seis días que ando buscándote... Te había localizado y entonces fue cuando me derribaron a saetazos. Volaba por las noches, para no ser visto, pero no he sabido nada de lo que sucede en Aghraela.

La muchacha hizo un ademán.

—Aguarda un momento —exclamó.

Ball vio que se dirigía al cuadro de mandos y la retuvo por el brazo.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió,

—Hablar con mi hermano, naturalmente.

—Es peligroso. Pueden escucharte oídos indiscretos...

Aghryna sonrió ladinamente.

—General, hay una frecuencia especial, única, para uso exclusivo del emperador, sus familiares más allegados y algunas personas de su absoluta confianza. Pero, actualmente, que yo sepa, sólo dos personas, él y yo, conocemos cuál es esa frecuencia.

—Muy interesante —aprobó Ball—. Adelante.

Ella mareó unas cuantas cifras en el selector de frecuencias. Luego dio el contacto.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, sonó una voz de hombre:

—¿Aghryna?

—En electo, querido hermano, soy Aghryna, sana y salva.

—No sabes cuánto me alegro de esas noticias. Has podido burlar al traidor del general Ball y a sus secuaces, ¿verdad?

Aghryna oyó aquellas palabras y se quedó sin habla. En cuanto a Ball pensó que estaba soñando.

¿Cómo era posible que el emperador emplease un calificativo tan duro al referirse a él?

* * *

—¡Son ellos, en efecto! —confirmó Nortos.

—Abre el fuego, Doyt —ordenó Vilón fríamente.

—Sí, señor.

El aeromóvil dio la vuelta, buscando una posición favorable. De repente, se detuvo, suspendido en el aire, a unos cien metros de Kaley y sus hombres. Bajo la panza del aparato, surgió un fogonazo.

Una raya de luz se dirigió rectamente al centro del grupo. El final de su trayectoria fue un tremendo volcán de humo, tierra y rocas, que se elevó súbitamente a las alturas, junto con un par de cuerpos, convertidos en sangrientos guiñapos.

Kaley, derribado por la explosión, se levantó en el acto y trató de huir, lleno de pánico. Otro proyectil llegó en aquel momento y lo lanzó con tremenda violencia contra un muro liso de piedra, que detuvo su veloz vuelo con fatales resultados.

Las dos cargas siguientes acabaron con los supervivientes del grupo. Vilón hizo que el aparato se acercase a marcha lenta, para comprobar el resultado de su acción.

—Han muerto —dijo, satisfecho.

—Ella no estaba en el grupo —observó Rugan.

—Sigue en la cueva. Eran seis; faltaba uno, que es el que estará vigilándola.

—Pero habrá oído las explosiones. Puede sentir deseos de matarla...

—Sigue y no hagas más objeciones. El que faltaba era Loss y tenía instrucciones muy precisas.

—Muy bien, como digas.

El aeromóvil remontó el vuelo hacia las cumbres. Minutos más tarde, se detenía sobre la pequeña repisa que había ante la entrada de la cueva.

Vilórt fue el primero en saltar a tierra.

—¡Loss! —gritó.

Nortos le tocó el hombro.

—No te contestará —dijo, a la vez que señalaba un punto situado más abajo.

Vilón volvió la cabeza y divisó el cuerpo inmóvil, a veinte metros más abajo. Sus facciones se contrajeron de inmediato.

De un manotazo, arrancó la tela pintada y se precipitó en el interior de la cueva.

• ¡No está! —aulló.

—Se habrá escapado —supuso Rugan.

Vilón meditó unos instantes, procurando dominar la cólera que

sentía. Eerd le había dicho algo sobre el fracaso de su misión. No atendería a razones.

Sólo quería resultados... y los que podía ofrecerle hasta el momento no eran precisamente como para gritar de alegría.

De pronto, Rugan dijo:

—Lirs, se me ha ocurrido una idea...

—¿Sí?

—Ella, ha tenido que escaparse hace mucho rato. Irá a pie, porque no tiene ningún vehículo. Pero debe seguir la dirección determinada, si quiere volver a Aghraela.

—Muy cierto —admitió Vilón.

—Cuando volábamos hacia aquí, detectamos un aeromóvil detenido en un bosque. Puede que lo haya alcanzado y puede que no..., pero ese chisme está precisamente en su camino.

—¿Y por qué no la hemos visto a ella?

—Aquí las laderas están peladas. Abajo, en la llanura, le bastaría un solo árbol para esquivar nuestras miradas.

Vilón rió satisfecho.

—Sabes razonar, Doyt —dijo—. Sí, vamos a echar un vistazo a ese aeromóvil.

—¿Y si la capturamos? —preguntó Nortos.

—Todo seguirá igual, sólo que la llevaremos a otro sitio, y esta vez nadie podrá encontrarla —respondió Vilón.

CAPÍTULO IX

Aghryna se sorprendió al oír las palabras de su hermano.

—Aghron, puede que Ball no me agrade para esposo, pero le considero un hombre fiel y leal...

—Nada de eso. Es un traidor y será juzgado como tal, apenas le pongamos la mano encima. Si le ves de nuevo, si tienes un arma en la mano, mátalo sin vacilar, ¿entendido?

—Sí, desde luego.

—¿Dónde estás? ¿Puedes decírmelo, para enviar una patrulla a buscarte?

—Estoy a nueve kilómetros al sur de la Cima Diecisiete, en un bosquecillo de pinos. He encontrado el aeromóvil de unos cazadores, pero le falta el interruptor de contacto y no puedo despegar.

—Muy bien, no te muevas. Antes de una hora, estarán ahí mis hombres.

—De acuerdo, Aghron.

Ella cortó la comunicación. Ball, con las facciones contraídas, le entregó el cuchillo.

—Cumple la orden de tu hermano —dijo.

—¡No seas estúpido! ¿Cómo has podido imaginarte que voy a dar crédito a semejante tontería!

—Agrhon me ha llamado traidor.

- Lo he oído. Pero pueden pasar dos cosas. Una, está engañado respecto a ti.

—¿Y la otra?

—Había alguien con él.

—Pero ¿no dijiste que es una frecuencia exclusiva de la familia imperial?

—Claro que sí. No obstante, cabe la posibilidad de que haya alguien a su lado y trate de engañarle con esa ficción. Las circunstancias no son normales y aunque haya alguien que se entere de que tenemos una frecuencia especial, siempre queda el recurso de cambiarla más adelante.

—Aghryna, en tu opinión, ¿quién puede ser ese hombre?

—Sólo hay uno, Neck.

Hubo un instante de silencio.

—¿Pensamos los dos en el mismo? —dijo Ball al cabo—. ¿Pensamos en Eerd?

Aghryna hizo un gesto de asentimiento.

—No puede ser otro —murmuró.

—Tu hermano se encuentra ahora ante un grave dilema. Si cede en la cuestión del Edicto, pueden producirse graves disturbios. Y si no cede...

—Ahora estoy viva y libre —sonrió ella—. ¿Por qué tendría que ceder y revocar el Edicto?

—Por el momento, sólo él y Eerd saben que estás libre. Temo que el primer consejero le juegue una mala pasada.

—¿Qué beneficios obtendría, Neck?

—Por encima de él, sólo hay una persona de mayor rango.

Aghryna hizo un gesto de asentimiento.

—Ahora lo comprendo —dijo—. Pero sin pruebas...

Lanzó un suspiro.

—¿No hay nada de comer? —preguntó.

—Algo debe de haber por aquí adentro —sonrió él—. Me alegro de que no me considere un traidor.

—Pero no te hagas ilusiones con respecto a otros sentimientos —exclamó Aghryna vivamente.

—No te preocupes, no volveré a mencionarte el asunto.

Ball se dirigió hacia la pequeña despensa situada en el fondo del aparato.

—Voy a lavarme las manos —anunció Aghryna—. Estaré lista dentro de diez minutos.

—Muy bien; cuando vuelvas, tendrás algo para calmar los gritos de tu estómago.

Aghryna salió del aparato y se encaminó hacia el arroyo, situado a unos cuarenta pasos de distancia. El bosque terminaba a unos seis o siete metros y hasta la orilla había un trozo completamente despejado, cubierto de fina hierba.

Ella volvió a lavarse la cara y las manos. Estaba considerando la posibilidad de darse un baño, pese a la frialdad de las aguas, cuando, de pronto, sintió que algo le rozaba el hombro izquierdo.

Volvió la cabeza y divisó un fino hilo de una sustancia gomosa, que se solidificaba con rapidez.

* * *

—¡Ahí está! —exclamó Rugan repentinamente.

Vilón alargó el cuello. Sí, los cabellos rubios que brillaban al sol eran inconfundibles. Aghryna se encaminaba hacia el arroyo, junto al cual se arrodilló a los pocos instantes. Rugan maniobró con habilidad, hasta que el aeromóvil quedó a cinco o seis metros del suelo.

—Lánzale una ración de «tela de araña» —ordenó Vilón.

Un hilo viscoso surgió en el vientre del aparato y se dirigió rectamente hacia la muchacha. Los tres hombres pudieron apreciar inmediatamente el gesto de sobresalto de Aghryna, al notar el contacto del hilo todavía en estado fluido.

Pero más hilos surgieron del aeromóvil, solidificándose a los pocos instantes. Uno de ellos cruzó ante la boca de Aghryna, en el momento en que se disponía a gritar, y le impidió mover los labios. Ella manoteó ferozmente, sabiendo, sin embargo, que sus esfuerzos resultarían inútiles.

Aquel sistema de capturar a las personas era empleado por las fuerzas policiales en los casos especialmente peligrosos. El delincuente era así apresado, sin que le quedasen posibilidades de darse a la fuga.

Segundos después, Aghryna sintió que era elevada a las alturas. El suelo se alejó rápidamente de ella.

Sentíase furiosa. ¿Por qué no había salido Ball a defenderla?

En el interior del aeromóvil sobrevino una corta discusión.

—¿De quién diablos puede ser ese aeromóvil? —preguntó Nortos.

—Ball partió con su propulsor individual —dijo Rugan.

—No importa de quién sea —exclamó Vilón—. Anda, dispárale una salva.

—Muy bien.

—Pero ten cuidado; ella está todavía fuera.

—Sí, señor.

Rugan hizo que el aeromóvil se alejara unos doscientos metros. Entonces se inmovilizó y centró la figura del otro aparato en el visor de puntería. Cuando estuvo seguro de no fallar, pulsó el botón de disparo.

El proyectil partió hacia su blanco con indescriptible velocidad. Se oyó una atronadora explosión y el aeromóvil volcó de costado, en medio de una espesísima nube de humo.

Un pequeño chorro de llamas empezó a brotar de la panza del aparato. Vilón sonrió perversamente.

—Ya es suficiente —dijo—. Explotará antes de medio minuto. ¡Vámonos!

Rugan hizo que el aparato virase en redondo y lo lanzó hacia adelante, con la muchacha suspendida por los hilos que la convertían en una presa que no podría liberarse, mientras no lo quisieran sus secuestradores.

* * *

Ball terminó de preparar la comida, puso todo en una bandeja, la levantó con ambas manos y se dirigió hacia la parte delantera del aparato. Súbitamente, se sintió lanzado a un lado, con tremenda violencia.

La bandeja, con todo su contenido, voló por los aires. Ball apenas si tuvo tiempo de extender las manos para poder soportar mejor la caída. A pesar de todo, recibió un fuerte golpe contra el mamparo y, durante unos segundos, permaneció semiinconsciente, incapaz de reaccionar.

La explosión se había producido en el exterior, dedujo muy pronto. Alguien le había atacado aunque, por el momento, le resultaba imposible suponer su identidad. Una cosa era segura; se había mostrado absolutamente imprevisor, con una falta de precauciones totalmente imperdonable.

Extraños olores llegaron a su pituitaria. Algo ardía en el interior del aparato. La explosión debía de haber producido un incendio en los circuitos eléctricos. Si se propagaba al generador...

A gatas, sobre un mamparo que ahora era suelo, buscó la escotilla. Estaba cerrada, porque el aparato había volcado precisamente sobre aquel costado. Retrocedió en busca de la escotilla de emergencia del techo, que pudo abrir sin mayores dificultades.

El humo lo invadía todo. Tosiendo, medio ahogándose, consiguió atravesar el hueco y se dejó resbalar hasta el suelo. A tropezones,

cayendo en ocasiones, levantándose presurosamente, corrió hacia el arroyo. Antes de poder alcanzarlo, se produjo la explosión.

Decenas de árboles volaron por los aires. Ball fue lanzado irresistiblemente al suelo, por aquel colosal soplo de viento, rodó unas cuantas veces sobre sí mismo y acabó por caer al agua, afortunadamente poco profunda en aquel lugar. Empapado por completo, se agarró a unos juncos, y esperó unos minutos en la misma posición, sabiendo que la misma frialdad del líquido sería suficiente para hacerle volver a la normalidad. Desde el punto en que se encontraba, miró a derecha e izquierda. No había el menor rastro de Aghryna, pero no pensó ni por un momento que la muchacha hubiera sufrido el menor daño a causa de la explosión.

Alguien había vuelto a secuestrarla nuevamente, dedujo sin demasiadas dificultades. Lo peor era que se la habían llevado en sus propias narices, sin que fuese capaz de darse cuenta de lo que sucedía.

Sintióse avergonzado, humillado. Había llegado a creerse un héroe y sólo había conseguido hacer el ridículo.

Abrumado, salió al fin del agua y se sacudió como un perro mojado. Contempló el desastre con mirada sombría. El aeromóvil de Shaslon se había convertido en humo y pequeños fragmentos de metal, que no servían para la chatarra.

De pronto, vio brillar algo sobre la hierba.

Se agachó y recogió aquel trozo de hilo que brillaba. Ahora era sólido, recio, capaz de resistir pesos de varias toneladas, pese a tener solamente unos pocos milímetros de grosor. Pero sabía de qué se trataba.

Sólo había una clase de aparatos que podían utilizar la máquina hiladora. Ni siquiera los particulares podían usarla, para cazar animales. En el caso de Aghryna, alguien había empleado un vehículo oficial.

El humo se disipaba lentamente en la atmósfera, pero no se veía el menor rastro del aeromóvil empleado por los secuestradores.

* * *

El aparato se acercó al suelo muy despacio. Rugan tocó un interruptor y los hilos que sostenían a la muchacha quedaron seccionados instantáneamente, por la parte más próxima al vientre del aeromóvil. Luego, lo apartó a un lado y terminó por posarlo en el suelo.

Los tres hombres saltaron a tierra inmediatamente. Nortos llevaba en las manos un aparato de forma cilíndrica, semejante a un pequeño extintor de incendios, que puso en funcionamiento sin pérdida de

tiempo. Un chorro de vapor blanquecino brotó del aparato, con el que Nortos roció completamente a la muchacha. A los pocos segundos, los hilos se transformaron en un ligero vapor, que se disipó rápidamente en la atmósfera.

Aghryna se sentó en el suelo. Rugan la esposó antes de que pudiera reaccionar.

—Soy la hermana del emperador, por si no lo sabíais —dijo ella enérgicamente.

—Precisamente por eso estamos aquí —sonrió Vilón—. Cuidad de ella, voy a transmitir un mensaje por radio.

Nortos agarró a la muchacha por un brazo y la ayudó a ponerse en pie. Ella le rechazó con violencia.

—Al menos, haz el favor de no tocarme —pidió.

—No te enojes, encanto —rió Nortos—. Sólo somos unos hombres que cumplen órdenes.

—¿De quién?

—De Skborghos, nuestro planeta —contestó Rugan con fingida solemnidad, debidamente instruido por Vilón—. Skborghos o tú, es la única solución.

—Y sólo quedan cuarenta y ocho horas de plazo —añadió Nortos con aire truculento.

Aghryna apretó los labios. Se preguntó si Ball habría resultado ileso de la explosión que había destruido, sin duda alguna, el aeromóvil de los cazadores. El vuelo, debido a que ella quedaba al aire libre, no había tenido demasiada rapidez, por lo que había podido oír perfectamente el estruendo de la explosión. Si Neck no había conseguido salir a tiempo...

¿Por qué no habían despegado inmediatamente rumbo al palacio?, se preguntó llena de amargura.

Pero los reproches ya no tenían ninguna utilidad. Valerosamente, se decidió a afrontar su suerte, segura de que ahora ya no tendría salvación posible.

Vilón salió del aparato a los pocos momentos.

—Ya está —dijo con sonrisa de satisfacción.

—¿Lo sabe él? —preguntó Nortos.

—Lo sabe y nos ha felicitado. Previamente, por supuesto. Miró a la muchacha y volvió a sonreír.

—Este es un juego grandioso, en el que la puesta no tiene límites, y tú eres una pieza demasiado preciosa para dejarte perder —añadió.

CAPÍTULO X

Fuera, en el exterior del palacio, sonaban gritos:

—¡Cede, Aghron!

—¡Revoca el Edicto!

—¡Que se vayan; tu hermana es antes que unos miserables desagradecidos!

• ¡Fuera, fuera los skborgnianos!

—¡Viva el emperador!

Aghron, en compañía del consejero de Justicia, contemplaba la muchedumbre agolpada ante el palacio.

—Parece que son partidarios de la revocación del Edicto —comentó.

—Pero son menos que los partidarios del mantenimiento de la ley, señor —dijo Sooph.

—Eso es lo malo —convino Aghron pensativamente—. No hay tiempo para celebrar un referéndum...

—Un emperador no necesita recurrir a esos medios —dijo Sooph con acento servil—. Le basta su autoridad para promulgar o revocar decretos y, si me permites mi humilde opinión, creo que debes revocarlo.

—Todavía no es hora de tomar una decisión.

Eerd entró en aquel momento, sumamente agitado.

—Señor, un mensaje de tu hermana —anunció.

Aghron se volvió en el acto y reparó en el objeto que Eerd traía en las manos.

—Lo has grabado, adivino.

—Sí, Majestad. ¿Quieres escucharlo?

Aghron hizo un gesto de aquiescencia. Eerd puso la grabadora sobre una mesa y presionó el botón de funcionamiento.

Inmediatamente, se oyó la voz de Aghryna:

—Hermano, aunque conseguí escaparme, mis secuestradores pudieron capturarme de nuevo, matando al general Ball. Las condiciones sobre mi rescate siguen siendo las mismas. Mi vida está en tus manos.

El mensaje terminó. Durante unos segundos, sólo hubo silencio en la estancia.

De pronto, Aghron exclamó:

—Eerd, haz que conduzcan a Philo Widdis a mi presencia.

El Primer consejero se sorprendió de aquella petición.

—¿Widdis, el filósofo?

—Sí. El mismo. Filósofo e historiador. Quiero tener una larga conversación con él, antes de adoptar una resolución definitiva.

Eerd se inclinó.

—Muy bien, señor; ordenaré que busquen a Widdis. ¿Te quedas, Sooph?

—Te acompaño —respondió el consejero de Justicia.

Al quedarse solo, Aghron pensó que un asunto que parecía empezar a resolverse satisfactoriamente, se había complicado de nuevo y no sólo por la captura de su hermana, sino por la muerte de Ball, un hombre leal a toda prueba. Habría que encontrar a sus asesinos y castigarles con toda severidad, se propuso.

En la antecámara, Sooph, desconcertado, se volvió hacia su compañero de consejo.

—¿Para qué diablos quiere el emperador a Widdis?

—No lo sé —gruñó Eerd—. No soy capaz de imaginármelo siquiera, pero no puedo objetar esa decisión.

—La gente pide que revoque el Edicto...

—Y mañana pedirán lo contrario y serán muchísimos más —sonrió Eerd perversamente—. No te preocupes; las jugadas están bien meditadas y no fallaré en el ataque final.

Sooph, un tanto escéptico, elevó los ojos al techo.

—Ojalá salga todo como deseas —murmuró.

* * *

El hombre y la mujer se abrieron paso entre la maleza y contemplaron el singular espectáculo que ofrecía aquel trozo de bosque completamente devastado y cubierto de fragmentos de metal y troncos carbonizados. Neck Ball les miró, con una sonrisa de circunstancias en los labios.

—Lo siento, Shaslon.

—Era nuestro aeromóvil —exclamó Sonna.

—Sí. Le dispararon un proyectil explosivo. Apenas si tuve tiempo de salvar el pellejo.

—Pero ¿por qué? —preguntó el cazador.

—Volvieron a capturar a la princesa. Yo estaba dentro y quisieron matarme, Y si no lo sabían, al menos querían impedir que los persiguiese.

Shaslon hizo una mueca.

—Nos costó mucho dinero —se quejó.

—Os compraré uno nuevo, del último modelo. Si no lo hago yo, lo hará el emperador, tenlo por seguro.

—Hablemos mejor de otra cosa —propuso Sonna—. Has dicho que Aghryna ha sido secuestrada nuevamente.

—Sí, en efecto.

—¿Sabes dónde está?

—No tengo la menor idea.

Sonna se volvió hacia su esposo.

—Tenemos que ayudarle —exclamó con vehemencia.

—Ya lo hicimos y mira lo que conseguimos —contestó Shaslon malhumoradamente, a la vez que señalaba con la mano los restos del desastre.

—Lo sé, pero es que, aunque no sea más que en interés propio, tenemos que ayudarle.

—No te entiendo, mujer.

Sonna hizo un gesto de resignación.

—Eres un hombre maravilloso y contigo tengo todo lo que podría desear una mujer, pero, a veces, resultas un poco «tronco» —dijo con cierta ironía—. Si las cosas se tuercen, Aghron puede acabar depuesto o con el cuerpo sin cabeza. Teóricamente, debería resultarnos indiferente... pero no sabemos cuál será la actitud del nuevo emperador hacia Othiar. Aghron ha mantenido los términos del pacto establecido con Ball después de la guerra. ¿Podemos estar seguros de que un nuevo emperador seguirá manteniendo el mismo punto de vista respecto a nosotros?

—Eso sí es cierto —convino Shaslon—. Y perfectamente posible, sobre todo, después de lo que nos ha contado el general.

—Entonces, no se hable más. Neck, ¿viste hacia dónde se dirigían los secuestradores?

—A decir verdad, no. Yo estaba dentro del aeromóvil cuando recibió el impacto y tuve que salir más que aprisa, de tal modo, que ni siquiera pude llegar al arroyo antes de que se produjera la explosión. Compréndelo, en aquellos momentos, sólo pensaba en salvar la vida.

—¿Y ella?

—Le estaba preparando algo de comer y estaba en el arroyo, lavándose un poco. Supongo que la secuestraron allí y levantaron el vuelo, antes de que pudiera advertir nada. Lo primero que supe fue el impacto...

Sonna se volvió hacia su esposo.

—La flauta, Shaslon —exclamó.

El cazador abrió su mochila y sacó de su interior un tubo de unos sesenta centímetros de largo, con diversas protuberancias en su estructura, alternadas con diminutos orificios. Tenía unos cinco centímetros de diámetro y una extraña boquilla, de la que partía otro tubo, semejante a una pajarita, y que se enroscaba en espiral por el exterior del tubo.

—¿Sonna? —consultó el cazador.

—Envía un mensaje a todos los cazadores. Diles que es preciso localizar a la princesa Aghryna, pero el que la encuentre se limite a

informar de su paradero, sin intentar el rescate por el momento. ¿Te parece bien, Neck?

—Magnífico —aprobó el joven—. Pero ¿qué es eso?

—Una flauta de doble utilidad. Puede emitir notas musicales, Shaslon es un verdadero artista, ¿sabes?, y también mensajes en una gama especial de vibraciones, capaz de ser escuchada a miles de kilómetros de distancia.

—Nunca había oído hablar de una cosa semejante —dijo Ball, pasmado.

—Nunca os preocupasteis de conocer a las gentes de Othiar —se lamentó Sonna—. Somos un tanto mutantes en lo relativo al tímpano y podemos captar esos ultrasonidos hasta cinco kilómetros de distancia.

Shaslon estaba ya con la flauta entre los labios. Al cabo de unos minutos, dejó de tocar y sonrió.

—Ya está —dijo—. No tardaremos ni un cuarto de hora en recibir las primeras noticias de Aghryna.

* * *

El hombre entró en la habitación donde estaba la prisionera y puso sobre la mesa una bandeja con comida.

—Tendrás hambre, supongo.

Aghryna hizo una mueca.

—Un poco —admitió.

—Entonces, come. Y no temas, no hay veneno —rió Nortos.

Ella le miró fijamente.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—Trutt.

—He grabado el mensaje que, a estas horas, supongo, estará en poder de mi hermano.

—Supones bien —sonrió el sujeto.

—Pero habéis cometido un grave error.

—No me digas —se burló Nortos.

—Ni tú ni los otros sois skborgnianos. A Vilón le conozco bien; fue comisario imperial en Othiar y no se distinguió precisamente por su honestidad. ¿Quién va a creer que me habéis secuestrado por Skborghos?

—Todos.

—Sí, ¿eh? ¿Y qué haréis después? Si mi hermano cede, aunque le cueste el trono, yo os conoceré y, como simple ciudadana, pediré que se os castigue por el secuestro. Sea quien fuere el nuevo emperador, tendrá que darme justicia. Pero como ese futuro emperador es vuestro

amigo, no podrá hacerlo porque vosotros le comprometeríais. Si mi hermano cede, no podéis matarme... y vosotros moriréis, porque el nuevo emperador no querrá bocas comprometedoras.

Nortos parpadeó.

—Demonios —gruñó.

—No habías pensado en esas complicaciones, ¿verdad? —sonrió Aghryna.

—Pues... —Nortos se rascó la oreja—. ¡Pero siempre podremos declarar que te salvemos de tus secuestradores! —añadió súbitamente.

—Y yo me quedaré callada, ¿no es así?

Nortos lanzó una interjección.

—Os prometo a los tres inmunidad absoluta si me dejáis libre —continuó la muchacha—. Porque, desde luego, el hombre que ha ideado este plan, no os va a dejar luego con vida, tenlo por seguro.

El esbirro volvió a gruñir. De pronto, dio media vuelta y salió de la estancia con paso rápido.

Aghryna sonrió satisfecha. Había introducido un elemento de duda en el cerebro de Nortos. Era una semilla todavía muy pequeña, pero, esperaba, acabaría por dar fruto.

* * *

Era alto, de aspecto majestuoso y mirada serena. Tras una ligera inclinación, Philo Widdis dijo:

—Me has llamado y aquí estoy, señor. ¿Qué deseas de mí?

—Tu consejo, filósofo.

—Tienes consejeros...

—A veces, conviene conocer las opiniones de otros. Dime, ¿qué piensas acerca de los que quieren regresar a Skborghos? Te lo pregunto, puesto que tú mismo eres descendiente de los que llegaron aquí hace cuatrocientos años.

—Si estuviese en tu puesto, los dejaría marchar, señor.

—¿Puedes razonar tu respuesta?

Widdis hizo un leve gesto de asentimiento.

—Hace alrededor de cuatro mil años, llegó a Zwordos un grupo de desterrados, procedentes de un lejano planeta, del que habían emigrado por cuestiones políticas. En Zwordos había sido aniquilada la población humana, debido a una atroz guerra que no dejó supervivientes. En medio de todo, y por fortuna, las armas empleadas en aquella conflagración no dejaron residuos radiactivos, como lo fue en el caso de Skborghos, por lo que los emigrados pudieron establecerse aquí sin más complicaciones.

»Trabajaron duro en los primeros tiempos, pero su trabajo dio

frutos —continuó el filósofo—. Andando el tiempo, nombraron un jefe, bajo el título de emperador, el cual fundó la primera Dinastía. En general, y hasta la tuya, todas las dinastías precedentes fueron muy breves, salvo la VIII que tuvo nueve emperadores. Las otras tuvieron uno o dos como máximo, aunque éste es un detalle que no tiene especial importancia.

»Lo que importa es que aquellos primeros emigrantes consiguieron vencer su añoranza por regresar al planeta que habían debido abandonar, se establecieron en éste definitivamente y olvidaron por completo a su tierra de origen. Pero si hubieran podido hacerlo durante los dos o tres primeros siglos de su estancia en Zwordos, se habrían vuelto indudablemente; sólo que la proscripción continuó durante muchísimos años en su mundo de origen. En el caso de Skborghos no hay proscripción, puesto que no hay sistema político; está deshabitado.

—Creo que te comprendo —murmuró Aghron—. Philo, ¿si se revoca el Edicto, volverías a Skborghos?

Widdis sonrió.

—Eres hombre antes que emperador y, por tanto, debes tomar tus propias decisiones —contestó—. En lo que a mí personalmente se refiere, he conseguido aclimatarme a Zwordos, que por cierto se llamaba de otra forma, cuando llegasteis vosotros, según los escasos documentos que se pudieron encontrar en aquella época.

—Eso no es muy importante…

—Hasta cierto punto, porque yo me considero un nativo más de este planeta, sin renegar en absoluto de mis orígenes. Uno se casa y funda una familia, pero no reniega de sus padres.

—Voy entendiendo.

—Deja que se vaya el que quiera. Muchos se llevarán una gran decepción y regresarán. Otros, más valerosos, se quedarán para iniciar la reconstrucción de Skborghos. El ser humano debe ser libre para viajar donde le plazca, sin trabas legales que se lo impidan.

Aghron puso una mano sobre el hombro del filósofo.

—Gracias por tus consejos, Philo —sonrió—. Al fin me has hecho ver claro. Mañana, a mediodía, Zwordos conocerá mi decisión.

CAPÍTULO XI

El aeromóvil tomó tierra en el claro donde aguardaban las tres personas. Un hombre y una mujer se apearon de inmediato.

• Hola, primo Mamón —saludó Shasnon—. ¿Cómo estás, Devia?

—Traemos noticias —manifestó el primero.

—Estupendo. Marnon, Devia, os presento al general Ball. General, mis primos —dijo Shasnon—, También son cazadores.

—Celebro conoceros —dijo el joven gravemente—. Traéis noticias...

Era bueno, pensó Ball. Durante todo el día y la noche, había esperado ansiosamente, con los nervios en tensión, dudando en ocasiones de que el plan de Sonna tuviera éxito. Al fin, cuando apenas acababa de amanecer y quedaban escasamente seis horas para que se cumpliese el plazo señalado por los secuestradores, llegaban las primeras noticias.

—Fueron varios los que vieron el aeromóvil con una persona suspendida por unas cuerdas —dijo Marnon—. Farhos, incluso, lo vio tomar tierra en un paraje situado al sur del Gran Bosque, cerca del Lago de la Mujer. Entre los árboles hay una casa y allí están.

Ball se volvió hacia Shaslon.

—¿Conoces ese lugar? —preguntó.

—Por supuesto —respondió el cazador—. Allí era donde el antiguo comisario Vilón tenía su residencia de recreo.

—Vilón, ¿eh? —murmuró Ball—. Esto se va aclarando un poco... Marnon, ¿puedes prestarme tu aeromóvil?

Shaslon soltó una risita.

—Déjaselo sin temor. Es especialista en romper cacharros como ése —comentó irónicamente.

—¡Caramba, puede decirse que es toda mi fortuna! —respondió el otro cazador.

—El general te comprará uno —intercedió Sonna.

—Pero podríamos ir nosotros...

—Prefiero viajar yo solo. No quiero que ninguno de vosotros sufra el menor daño. Esto se está convirtiendo ya en un asunto casi personal —declaró Ball.

Ball se volvió hacia Shaslon.

—¿Quiere hacerme un mapa del lugar donde se encuentra la residencia de Vilón? —solicitó.

—Desde luego.

Momentos después, Ball se disponía a partir. Entonces, Marnon le entregó un objeto semejante a una pistola, con un gran cañón, de

forma rectangular, y de unos cuarenta centímetros de largo, por cinco de altura y dos de grosor. Ball le miró extrañado.

—Llévatela —dijo Marnon—. Dispara dardos, que pueden dar en el blanco a trescientos metros de distancia. Es lo mismo que una ballesta automática, sólo que sus proyectiles son mucho más pequeños. Pero también son mortíferos.

—Gracias.

—Tiene una carga de doce dardos. Basta soltar el seguro y apretar el gatillo, para que puedas dispararlos todos en seis segundos.

Ball sonrió.

—Lo tendré en cuenta, amigos.

Entró en el aeromóvil de un salto, se sentó ante los mandos y despegó instantáneamente. Según las indicaciones de Shaslon, el objetivo estaba a hora y media de vuelo, unos mil quinientos kilómetros de distancia. Si sacaba al motor todo su rendimiento, aquel tiempo podía reducirse en un cuarto de hora.

* * *

Con gran cautela, Nortos abrió la puerta, se acercó a la cama y tocó en el hombro de la durmiente.

—Vamos —susurró.

Aghryna abrió los ojos en el acto. Dudó un instante, pero se levantó en seguida. Le bastó ponerse las botas, para estar equipada.

—¿Hay peligro? —preguntó en voz baja.

• No. Oye... Cumplirás tu palabra, supongo.

—No tendrás nada que temer, te lo prometo. Pero ¿vienes tú solo?

—Sí. Pensé que lo mejor sería... Bueno, no me atreví a decirles nada a los otros.

—Quizá sea mejor así —aprobó Aghryna.

Nortos abría ya la puerta. Escuchó unos instantes y luego hizo un gesto con la mano. Inmediatamente, se dirigieron hacia la escalera que permitía el acceso a la planta baja.

Cruzaron el vestíbulo. Apenas si se veía una débil claridad hacia el este. La poca luz que había era suficiente, sin embargo, para permitir divisar la oscura silueta del aeromóvil, situado bajo unos árboles.

A unos cien metros de distancia, se veían las espejeantes y todavía oscuras aguas del lago. Nortos y Aghryna corrieron hacia el aeromóvil. La muchacha se sentía satisfecha de su idea. Había resultado.

De repente, se oyó un ligero silbido.

Nortos se tambaleó, a la vez que emitía un estridente chillido. Horrorizada, Aghryna vio surgir en su pecho el siniestro astil de una saeta metálica.

La ballesta disparó de nuevo. Esta vez, la saeta perforó uno de los ojos de Nortos y llegó hasta su cerebro. El sujeto cayó, fulminado instantáneamente.

Agrhyna entrevió una silueta bajo los árboles. Pero el aeromóvil estaba más cerca y, reaccionando, echó a correr. Cerraría la escotilla una vez dentro y...

De repente, una silueta le cerró el paso, cuando ya alargaba las manos hacia el borde de la escotilla.

—Hola —dijo Vilón.

Aghryna se detuvo en seco.

—Déjame pasar —ordenó.

—Ni lo sueñes —sonrió el esbirro—. Tienes que aguardar a que den las doce del mediodía. Entonces sabremos si hemos de liberarte... o cortarte el cuello.

Rugan apareció con la ballesta en las manos

—Tengo buena puntería —se ufanó.

—Estabais aguardándonos —dijo Aghryna, rabiosa.

Vilón se apeó del aeromóvil.

—Sospecho que no conocías bien esta residencia —dijo—. La hice construir para mí, cuando aún era comisario de Othiar. A veces, recibía visitas de personajes importantes. Todos me pedían cosas de las que produce el país... diamantes, sobre todo, que no pasaban por las aduanas imperiales. Me pareció prudente instalar micrófonos, para el día en que alguno quisiera ponerme en un compromiso. Claro que yo no contaba con la rebelión de las gentes de Othiar... pero ése es ya otro tema.

—Entonces, escuchaste lo que le decía a Nortos.

—Claro —sonrió Vilón.

—Lo que le dije a él, se te puede aplicar a ti. Y a ese tipo que tienes al lado.

—Las cosas serán distintas cuando esto acabe —aseguró el antiguo comisario, sin dejar de sonreír—. Tú ayudarás a fundar una nueva dinastía, dando hijos al próximo emperador.

Aghryna retrocedió un paso, con el asco retratado en sus facciones.

—¿Que yo daré hijos...? Pero, ¿a quién se le ha ocurrido una idea tan absurda?

—Al hombre que la va a llevar a la práctica —contestó Vilón.

De pronto, agarró a la muchacha por un brazo y la empujó hacia la casa. Aghryna pensó en resistirse por un instante; era fuerte y se sentía capaz de vencer al traidor, pero Rugan tenía el dedo sobre el

gatillo de su ballesta y no quiso correr el riesgo de un saetazo.

—Iré sola hasta mi calabozo —dijo orgullosamente—. No es necesario que me toques.

—Como quieras, pero recuerda esto: aunque él te prefiere a ti, en caso necesario, no le importará buscar otra mujer para fundar su dinastía.

—Lo tendré en cuenta. Pero, ¿no temes que os haga asesinar luego, para cerrar bocas comprometedoras?

—Siempre grabo todo lo que hablo —contestó Vilón significativamente.

Aghryna calló. Ya no tenía argumentos para responder a su secuestrador.

Rugan llamó de pronto:

- Lirs, ¿qué hago con este «fiambre»?

—El lago es grande y profundo —respondió el antiguo comisario.

* * *

La muchedumbre se agolpaba bajo las ventabas del palacio.

—¡No cedas!

—¡No revoques el Edicto!

—Los skborgnianos deben quedarse.

—Mantente firme, emperador…

—A veces, siento náuseas —murmuró Aghron.

—El gentío es hoy mucho más numeroso —dijo Sooph.

Aghron consultó su reloj.

—Falta una hora para el mediodía —dijo—. Entonces, habré lomado ya una decisión. Sooph, ¿has visto al Primer Consejero?

—No, señor. ¿Quieres que le llame?

—Déjalo, no tiene importancia.

—Señor, tu hermana puede morir si no cedes...

—El deber es antes que todo, Sooph.

—La posteridad te admirará, señor —dijo el consejero halagadoramente.

—Los honores del futuro me importan un rábano —gruñó Aghron —. Es el presente lo que me preocupa.

Las masas, evidentemente, estaban manipuladas. Y todo había empezado por el deseo de unos cuantos, descontentos o nostálgicos, de regresar al mundo del que procedían sus antepasados. Un deseo legítimo, por otra parte, pese al Edicto de Aghron, que alguno había decidido aprovechar para sus propios fines.

Empezaba a sentirse nervioso. Los segundos y los minutos transcurrían inexorablemente. ¿Qué pasaría si...?

La puerta se abrió de pronto.

—Señor —anunció un ujier—. Philo Widdis desea ser recibido.

—Hazle pasar —accedió Aghron—. Sooph, déjanos solos.

—Sí, Majestad.

Widdis entró con paso firme a los pocos instantes.

—Señor, gracias por haber accedido a recibirme —manifestó.

—¿Tienes algo importante que comunicarme?

—Sí, señor. ¿Me permites que te lo exponga?

—Habla, te lo ruego.

Widdis hizo una leve inclinación de cabeza. Unos minutos más tarde, Aghron sonrió.

—Agradezco tu sugerencia y la tendré en cuenta, aunque debes saber que antes se le había ocurrido a otra persona.

—Sólo lo sabemos tú y yo, Philo. Te ruego guardes el secreto, sólo durante... —Aghron consultó el reloj—. Cincuenta y cinco minutos —puntualizó.

—No es mucho tiempo, señor —sonrió el filósofo.

Aghron meneó la cabeza.

—Me pregunto cómo es posible que no se nos hubiera ocurrido antes. Podríamos habernos evitado muchos problemas, ¿no te parece? Con lo fácil que es...

—Señor, las soluciones sencillas no siempre se encuentran con facilidad. Precisamente, porque son las mejores.

—Muy cierto —concordó el emperador.

CAPÍTULO XII

Volando a ras del sudo, Ball tomo tierra en un pequeño claro, situado a espaldas de la casa. Saltó al suelo y emprendió la marcha con gran cautela, empuñando con mano firme la pistola que le había dejado Mamón.

En aquel lugar no se apreciaban señales de vida. Amarrada a un pequeño embarcadero, se divisaba una lancha, que se mecía suavemente en las aguas del lago. Ball se preguntó qué nombre habría tenido aquel lago cuatro mil años antes, cuando otros habitantes poblaban el planeta. Desde las alturas, parecía la figura de una mujer, vista de perfil, lo que había justificado el nombre actual.

El silencio era total. Ball llegó junto a la puerta posterior y tanteó con la mano. Estaba cerrada, lo que le obligaría a hacer ruido si quería utilizar aquella entrada.

Levantó la vista. En el primer piso divisó una ventana abierta. Se metió la pistola en el cinturón, retrocedió una veintena de pasos, tomó carrerilla y saltó con toda la potencia de los músculos de sus piernas.

Las manos alcanzaron el antepecho muy justamente. Hizo un esfuerzo más, flexionando los brazos, logró izarse a pulso. Luego pasó las dos piernas sucesivamente y se encontró en una habitación desierta en aquellos instantes.

Moviéndose siempre con sigilo, la cruzó y abrió la puerta. No había nadie a la vista en el corredor y cruzó el umbral.

Dio unos cuantos pasos más. De repente, dos hombres surgieron de una habitación inmediata.

Vilón y Rugan se quedaron paralizados por la sorpresa.

—¡Está vivo! —aulló el segundo.

—¡Mátalo! —rugió Vilón.

Rugan dio media vuelta. Ball saltó hacia adelante. Vilón se aprestó a hacerle frente, pero Ball le golpeó en la frente con la culata y el puño, derribándole inconsciente en el suelo.

Rugan había desaparecido al otro lado de una puerta. Ball se lanzó en su persecución.

Aghryna había oído las voces y reaccionó con presteza, situándose inmediatamente detrás de la puerta, apenas medio segundo antes de que Rugan la abriese con gran violencia. El esbirro se precipitó en la habitación, deteniéndose a los pocos pasos, al no ver a la muchacha.

Giró sobre sus talones. Aghryna estaba allí, junto a la pared, mirándole con ojos de terror. Rugan levantó su ballesta.

En el mismo instante, Ball, situado bajo el dintel, apretó el gatillo

de su pistola. Media docena de dardos, de unos ocho centímetros de largo, por medio de grueso, partieron con terrible ímpetu.

Todos los dardos atravesaron el cuerpo del esbirro, clavándose en la pared con leves sonidos.

Los ojos de Rugan se dilataron por el asombro y el dolor. La ballesta se desprendió de sus dedos repentinamente sin fuerza. Una bocanada de sangre brotó de sus labios y corrió por el pecho. Luego, de golpe, sé vino al suelo y ya no se movió más.

Aghryna asomó a cabeza.

—Pero, ¿es que no hay quien te mate? —exclamó.

Ball sonrió, pero no dijo nada. Dio media vuelta y salió al pasillo, justo en el momento en que Vilón empezaba a rebullir.

—Será mejor que no te muevas —dijo—. ¡Aghryna, busca una cuerda!

—Ahora mismo, Neck,

* * *

El griterío se había hecho ensordecedor. Miles y miles de personas vociferaban frente al palacio. En su interior, Aghron acababa de firmar un documento. Eerd, Sooph, los consejeros y Widdis, aguardaban en silencio.

—Salgamos, es la hora —ordenó Aghron.

La muchedumbre les vio en el balcón principal y enmudeció a poco.

Aghron levantó las manos.

—Escuchad —dijo con potente voz, amplificada por docenas de altavoces—. Mi primer consejero, Sull Eerd, os va a leer un nuevo Edicto, que tendrá aplicación inmediata a partir de este momento. ¡Escuchad!

Se volvió hacia Eerd y le entregó el documento.

—Lee —ordenó.

—Sí, Majestad.

Eerd adelantó un paso. Carraspeó un poco y leyó:

—Yo, Aghron XXXIX. de la Dinastía Aghronita, Emperador del planeta Zwordos, por el presente Edicto, ordeno lo siguiente:

»Primero: A partir de este mismo instante, todos mis súbditos quedan equiparados en derechos y deberes. El término skborghiano, como oriundo de Skborghos, no causará discriminación alguna entre los ciudadanos de este planeta. Desde este momento, todos son naturales de Zwordos.

»Segundo: Todo el que lo desee, podrá abandonar Zwordos y establecerse en el lugar que mejor le plazca.

La multitud prorrumpió en entusiastas vítores y aplausos. Eerd estaba lívido. Sooph no sabía dónde meterse.

—Todavía hay un tercer punto —dijo Aghron, sonriendo plácidamente.

Hizo una corta pausa y añadió:

—Pero ése es de mi cosecha propia. Los dos anteriores me fueron sugeridos por el general Ball. Philo Widdis coincidió, sin saberlo, con el mencionado. No revoco el Edicto de mi abuelo, pero, al considerar a los skborgnianos como auténticos nativos de Zwordos, podrán volver a su planeta, si así lo desean. ¿Oyes las aclamaciones, Sull Eerd?

El primer consejero no tenía fuerzas para hablar. Era una hábil jugada que no podía contrarrestar de ninguna forma.

—Volvamos adentro —dijo Aghron.

Después de corresponder a las aclamaciones, Aghron entró de nuevo en el gran salón, seguido de sus acompañantes. Allí se enfrentó con Eerd.

—Tenías ambiciones —dijo—. Es lógico y hasta respetable, siempre que no involucres en ella a gentes que son inocentes. Aprovechaste los deseos de algunos skborgnianos, para llevar el agua al molino particular, sin que te importasen en absoluto las vidas que se pudieran perder. Me aconsejabas mantenerme firme, cuando maniobrabas para que cediese, y manipulabas a las multitudes, por medio de tus secuaces. Algunos locos secuestraron a mi hermana, pero la idea no era de ellos, sino tuya. Es una lástima que nada se te pueda probar...

—En eso te equivocas, Aghron —sonó de pronto una voz poderosa—. Podrás probar la culpabilidad de ese miserable.

Todos los presentes se volvieron en el acto. Ball empujó a Vilón con fuerza y lo arrojó al suelo, a pocos pasos de Aghron y de los demás espectadores de la escena.

Aghryna apareció a continuación.

—Estoy perfectamente, hermano y señor mío —sonrió.

Vilón gemía sordamente, lleno de pánico.

—Piedad... Lo diré todo... Él es el culpable... Sull Eerd fue el autor del plan...

Arrodillado, Vilón extendía los brazos suplicante, ofreciendo un aspecto de total abyección.

—Majestad, te suplico clemencia...

De pronto, se oyó algo parecido al rugido de una fiera. Eerd sacó una pistola de debajo de sus vestiduras y disparó varias veces contra Vilón, acribillándole el rostro con los dardos.

Hubo un movimiento de horror entre los espectadores. Impetuosamente, Ball se lanzó hacia adelante y golpeó a Eerd en pleno rostro, impidiéndole que pudiera hacer más disparos. Eerd cayó

de espaldas, con los pies por alto, aturdido e incapaz de reaccionar. Alguien llamó a los guardias. Media docena de soldados, al mando del capitán Marq, penetraron en el salón.

—Llévatelo y enciérralo, hasta el momento de su juicio —ordenó el emperador.

—Sí, Majestad.

Anonadado, Eerd se dejó llevar sin oponer resistencia. No tardaría mucho en enfrentarse a un pelotón de ballesteros, que ejecutarían una sentencia inapelable.

Aghron avanzó hacia Ball y le puso una mano en el hombro.

—Gracias, general... Primer Consejero —anunció.

Ball se inclinó.

—Hay personas que son más capacitadas que yo para ocupar ese puesto —contestó—. No me gustaría que dijeran de ti un día que concedías los puestos de responsabilidad a tus familiares.

—Está bien, es una sensata respuesta, Philo, ¿aceptas el cargo de Primer Consejero? Eres ya un zwordiano de pleno derecho.

Widdis se inclinó

—Acepto, señor —dije.

—Hermano, el general no es de la familia —intervino Aghryna.

—Estás segura? —sonrió Aghron.

Ella vaciló un momento.

—Estoy cansada. Necesito... reflexionar.

Y se marchó con paso rápido.

Aghron miró a Ball.

—Ese es un asunto que debes resolver personalmente —dijo.

Ball sonrió también.

* * *

Entró en el despacho y se detuvo ante la mesa, llena de documentos. Aghron levantó la cabeza.

—Estaba firmando las copias del Edicto, que deben ser enviadas a las distintas provincias del imperio —dijo—. Los incidentes del otro día no permitieron que Eerd pudiera leer el tercer punto.

—Ah, te refieres al nuevo nombre del planeta —exclamó Ball.

—El nuevo, no; el que siempre tuvo, desde tiempos inmemoriales. Por cierto, ¿cómo va la emigración a Skborghos?

—Se están alistando cuatro naves, con suficientes pertrechos. Es la primera oleada y partirán, en total, unos tres mil. Dentro de un par de años, enviarán un informe y así se sabrá con exactitud cuáles son las condiciones de aquel planeta.

Aghron movió la cabeza.

• Ojalá encuentren lo que desean —murmuró—. Ojalá consideren terminado su destierro.

—Yo no me considero un desterrado, señor. Nací aquí y soy un zwordiano...

Aghron sonrió.

—Ya, no; ahora eres un terrestre, como se llamarán de ahora en adelante, los habitantes de este planeta —rectificó—. Como se llamaron siempre, antes de desaparecer, antes de que nosotros llegásemos a él, también desterrados de un mundo del que nadie se acuerda ya.

Se mordió los labios un segundo y añadió;

—Por cierto, ¿dónde está tu mujer?

—No nos hemos casado, señor. Se marchó...

—Es tu esposa. Yo lo quiero así. Búscala... y, si eres un poco listo, sabrás dónde encontrarla.

—Estoy seguro de ello, señor.

—Hermano, no lo olvides —puntualizó Aghron.

* * *

De la cueva brotaba una maravillosa melodía, que embargaba los sentidos y pausaba una profunda paz en el ánimo. Lentamente, paso a paso, Ball se acercó y levantó la tela que cubría la entrada.

Aghryna, reclinada sobre unas pieles, escuchaba al pájaro de vivos colores que cantaba, apoyado en una repisa de roca. Al fondo, ardía un alegre fuego de leños, cuyo humo escapaba a través de un respiradero practicado en el techo.

Ball aguardó unos minutos, hasta que el pájaro hubo terminado la melodía.

—Y ahora descansa —dijo.

—Emplea cosa de media hora en componer otra melodía, pero no la canta si no se la ordena —respondió Aghryna.

—Estas aves no estaban aquí cuando vinisteis hace miles de años.

—Sí, nuestros antepasados se trajeron algunas especies de animales...Me has encontrado, Neck.

—¿Qué esposo enamorado no sería capaz de encontrar a su esposa?

—Yo no soy tu mujer.

—Te equivocas. El emperador tiene potestad para autorizar un matrimonio, incluso en ausencia de uno de los dos cónyuges.

—Te sabes muy bien la ley —sonrió ella.

Ball avanzó unos pasos más. La tela cayó y la cueva quedó sumida en una suave penumbra, con reflejos rojizos de la leña que

ardía en la chimenea.

—Estoy enamorado de ti, desde que tengo uso de razón —declaró.

—Mucho tiempo es ése —dijo ella.

—Sería capaz de aguardar cien años.

—Oh, entonces sería una vieja...

—Serías tú, Aghryna.

Ella meneó la cabeza.

—Eres terco...

Ball se tendió a su lado.

—Tú también me amas —afirmó.

—Eres un vanidoso incorregible.

—¿He mentido al adivinar tus sentimientos?

De pronto, ella le abrazó cálidamente.

—Condenado skborghiano... Te quiero, sí, pero me daba rabia confesarlo... Una nativa de Zwordos no podía declarar que amaba a un natural de Skborghos...

—Eres sólo una mujer —dijo él—. Y ya no hay zwordianos ni skborgnianos; sólo terrestres.

FIN